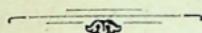


A.Y.
ALBERTO PALOMEQUE



EL DESACUERDO ELECTORAL

CONTRIBUCIÓN Á LAS TAREAS DE LA CONVENCIÓN

NACIONALISTA Á CELEBRARSE

EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1900 EN LA FLORIDA



81.482



MONTEVIDEO

IMP. «EL SIGLO ILUSTRADO», DE TURENNE, VARZI Y C.º

23 — Calle 18 de Julio — 23

1900

El acuerdo político

Se ha traído al tapete de la discusión pública el punto relativo al llamado Acuerdo de los partidos políticos. Diversos criterios dominan, al parecer. De esos, el menos popular, entre la gente pensadora, es el que rechaza el Acuerdo. El que predica la continuación de una obra, que es el fundamento de la situación actual, parece contar con el concurso de los hombres dirigentes de las colectividades influyentes. Bueno es que desde luego, los que tenemos alguna responsabilidad política, no buscada ni deseada, sino impuesta, expongamos la opinión formada en presencia de los sucesos que se desarrollan. No sólo es bueno, sino que se impone como un deber. En este sentido examinemos los argumentos expuestos.

Estudiados éstos, resulta que el argumento, único y fundamental, alegado por los adversarios del Acuerdo, es que éste enerva la fibra cívica y que va contra el espíritu democrático: que el Acuerdo nada enseña, que no es útil: que destruye por su base el entusiasmo de los electores, que se han inscripto para llenar una función electoral, que no realizan, por lo que son infructíferos sus esfuerzos, produciéndose el desaliento para las tareas del futuro.

Es indiscutible que esta argumentación es fantástica. El ciudadano se inscribe obedeciendo á un mandato de su conciencia, y, hasta puede decirse, á un mandato indirecto de la ley. De su conciencia, porque ésta le ordena ocuparse de los negocios públicos; de la ley, porque ésta

llega hasta privarle de ciertos beneficios, inherentes á la calidad de ciudadano, si no se ha inscripto en el Registro Cívico.

Con su inscripción se coloca en condiciones de poder influir, mañana ó pasado, con su voto, en los destinos del país. Se habilita simplemente para ese resultado. La inscripción no importa asegurar que votará siempre, obedeciendo, de antemano, á un criterio determinado é insalvable. Su acción, aún inscripto, puede hacerse sentir de una manera negativa, absteniéndose, según el caso, de prestar su voto para la solución de una contienda electoral.

La forma de actuar en la lucha puede revestir diversos caracteres. No es una sola la que prima sobre la manera de manifestar esa actitud cívica. Puede presentar la faz de una lucha *á outrance* contra el enemigo político, que se presenta intransigente, vestido de toda clase de armas; como puede exhibirse, siempre sirviendo cual acción política, bajo la de una coalición impuesta por la necesidad y así reclamada por los intereses permanentes del país. Y, sea cual sea la forma que se adopte, siempre habrá, dentro de ella, actividad cívica, es decir, lecciones de educación política. Por eso, el malogrado militar y joven político Coronel don Diego Lamas, decía, gráficamente, cuando este problema se presentó en 1898: *pues se muerde la lengua y se vota el Acuerdo*.

Y esto es lo que la actualidad exige. La situación política es la misma. Nada ha cambiado, en lo fundamental. Con pocas variantes en los detalles, las fuerzas populares siguen ocupando las mismas posiciones, vinculadas en nombre de una alianza reclamada por la tranquilidad del país y los propios intereses de los partidos.

Desde luego, si la situación no ha sufrido mutación alguna, y la forma de manifestar la voluntad nacional, por

aquel entonces, en las urnas, entre los elementos aliados, no para combatir á una entidad que no existía, sino para vigorizar los cimientos sobre que reposaba la obra de todos, garantió la paz en la República, no se ve la razón por qué se ha de cambiar la forma de esa manifestación del pueblo cuando los intereses están confundidos y nada los ha dividido.

Es que, se dice, ir á las urnas, sin tener un adversario por delante con quien combatir, después de las tareas de nuestros paisanos, de sus viajes, de pelarse (si es que se las pelan) las asentaderas para costearse al Juzgado de Paz á inscribirse, es enervar el espíritu cívico. La educación política surge del movimiento de las almas por medio del acicate de la lucha. Si no se presenta un adversario por delante, si no hay dos bandos contrarios, si no hay intereses en pugna, nuestros paisanos dirán como la joven del cuento: *al ñudo me trujo memita al beile*.

El error de los que así opinan es evidente. Concentran toda la vida política en un remedio de la vida guerrera. Creen que las elecciones populares no son ni deben ser sino funciones de guerra. Olvidan que son, y deben ser, como se ha dicho, el *banquete de las democracias*. Olvidan más: que nuestros paisanos, valientes, por lo general, están prontos para la guerra, y nunca para la lucha eleccioraria. Una lucha electoral tiene, para ellos, todos los caracteres de una batalla. Y si van á ella, de lo primero que se preocupan, es, del arma mortífera, antes que del papel para votar. En este sentido, estos acuerdos, estas aproximaciones, son fructíferas. Ellas enseñan á los hombres el camino de las urnas. Se les demuestra todo el poder eficiente del voto popular, revelándoles que se puede ser buen votante sin necesidad de ser guerrero valiente. Lo que necesitamos son actos de confraternidad, persistentes,

porque la atmósfera revolucionaria, que aún nos envuelve, y nos ha envuelto tantos años atrás, reclama esa noble actitud de los hombres que han creado esta situación. Daría ejemplo de mal piloto aquel que en día de naufragio no ayudara á combatir el elemento bravío. En el Acuerdo no hay enervamiento de esfuerzos. Hay una lección provechosa para todos los partidos: la que surge de que este país es de todos los buenos orientales y que es tiempo que se entiendan alrededor de las urnas, en vez de levantar el vivac en las cuchillas. El Acuerdo, como forma de manifestar la opinión popular, cuando no hay frente á frente un enemigo común, irreconciliable e intransigente, es una prueba de civilización, de cordura y de garantía de paz y de orden. En este sentido se ha impuesto, y se impondrá á todos los ciudadanos. Y el mérito de esa obra, reveladora del progreso, consiste en que para votar por un adversario hay que vencer una pasión más fuerte que la de darle de cuchilladas en plena campiña, á la luz del sol, en presencia de una Patria que agoniza!

Y ¡con qué placer se escribe esto, hoy, 1.^o de Junio, aniversario de la muerte de quien se sacrificó por traer el Acuerdo de Paz del 6 de Abril de 1872! (1) Él nos enseña que podemos y debemos invocar el Acuerdo, para que surja, radiante, de las urnas electorales, la expresión sincera de la voluntad nacional.

Muchos Acuerdos necesita todavía este país para restañar las heridas inferidas durante sus guerras fratricidas. Nuestros paisanos así lo van comprendiendo, poco á poco, porque ya no es tan sencillo y fácil rehacer fortunas perdidas en luchas estériles; los alambrados se pagan caros, y la educación de la familia, que cuesta mucho, es algo

(1) El coronel doctor don José G. Palomeque.

que se impone, en estos tiempos, desde que se ha llegado á comprender que ella se necesita para ser buen ganadero, agricultor, etc. Y para esto se necesita la Paz! Y la Paz está encerrada en el Acuerdo de los Partidos.

¡Dios proteja el buen sentido, de que se hizo eco el señor Ministro de Relaciones Exteriores, el doctor don Manuel Herrero y Espinosa, en el brindis pronunciado anoche en el banquete ofrecido al señor Senador don Pedro Etchegaray!

Un gaucho hablador

Entre la correspondencia recibida por el doctor Alberto Palomeque, por el Correo de ayer, se encuentra la carta que va en seguida (1).

El distinguido abogado considera útil su publicación.

El paisano hablador parece *dotor*. Ya que el asunto es el tema del día, y hemos oído á los *doctores*, vaya ahora la palabra de un ciudadano sesudo, sin duda alguna, que se oculta bajo el pseudónimo de *Un paisano hablador*.

Dice así el documento de la referencia:

ACUERDISTAS Y ANTIACUERDISTAS

Dedicado al doctor Alberto Palomeque para sus opiniones íntimas

Se está zarandeando fuerte en estos días la cuestión del Acuerdo de los partidos, en las elecciones de Noviembre, y como el punto es interesante, convida á meditar.

Dicen que en este país las decisiones de la política no corresponden sino á los doctores, y aunque esto haya sido cierto, por la práctica establecida, no es razón para que lo sea siempre.

No digo yo que los paisanos tengamos el derecho de opinar excluyendo á los que no piensan de nuestro modo, pero es lógico que como ciudadanos terciemos también en el debate, y como hombres de trabajo hagamos valer nuestros pobres pareceres, bien ó mal fundados.

(1) De el diario *El Día*.

Confieso que soy acuerdisto, en estas elecciones de Noviembre, sin desconocer que valdría mejor no serlo, porque así empezaríamos de una vez la escuela del sufragio.

El Acuerdo, lo sé muy bien, no satisface la aspiración de muchas gentes, y se explica que no conforme á los nacionalistas, los cuales constituyen hoy un partido fuerte y de tendencias casi agresivas.

Hay que recordar, sin embargo, la iniciación de este gobierno y la revolución que organizó él, en el seno de su propio partido, para purificar el ambiente y responder á la expectativa nacional que en su marcha se cifraba.

El pacto de Septiembre no hubiera salido en mucho tiempo, de las concesiones que le dieron nacimiento si no hubiera sido la decisión de echar á las Cámaras de Borda de su pedestal, cosa que no fué obra, como lo sabemos, de la comunidad en cuyas filas militamos.

No cabe duda de que Cuestas para servir al país, según él entendía, después de larga experiencia administrativa, sacrificó la mitad de su partido, por lo menos, y se creó, á sabiendas, una situación de las más espinosas que hayan tocado en lote á ningún mandatario uruguayo.

Los nacionalistas, empeñados lealmente en proscribir la influencia del círculo desalojado, es decir, del colectivismo, perseveraron en la prédica, y consiguieron su objeto, separando absolutamente á Cuestas de aquellas vinculaciones, que él, por su parte, demostró repudiar desde su entrada al puesto que hoy ocupa.

Si se le dice en estos momentos al gobernante, después de haberle inducido á consumar una revolución que no está todavía coronada, que abandone su labor administrativa y las empresas de orden económico, en cuyo logro cifra su gloria de primer magistrado para dedicar toda su actividad oficial á la política de partido, no es impro-

bable que lo haga, porque al fin ello es humano, y algo más que humano, naturalísimo, cuando envuelve la amenaza de una caída torpe en brazos del propio adversario.

Tratándose de un ciudadano que no interpretara los anhelos de honradez política y administrativa, perseguidos por la comunidad nacionalista, estaría bien que ésta produjera una corriente de opinión para eliminarlo, pero acaso no es un cargo de conciencia, al verdadero y sano patriota, propender á la caída de un hombre público, recientemente intencionado, cuando no se tiene un candidato de nuestro color político que siquiera se le asemeje?

Es evidente que el partido colorado no está en situaciones de reñir elecciones, porque se halla dividido, pero también es evidente que si lo comprometemos en la lid, librará la batalla, haciendo abuso de su poder material.

¿A qué hacer ensayos de chiquilines, en cosas que tanto afectan el porvenir de la República?

La negación de la libertad del comicio bajo esa faz sería de una impresión desastrosa, pero es claro que la faz mala la buscamos nosotros, eligiendo tiempo y circunstancias, en desventaja notable del adversario.

Queremos que Cuestas haga gobierno nacional y coloque á hombres de todos los matices en la dirección de la cosa pública, y por otra parte le amenazamos con empujarlo, quieras ó no quieras, á una contienda electoral, donde por fuerza el partido que pertecece no puede salir airoso, dentro de la legalidad.

¿Qué criterio domina entonces en la masa nacionalista? ¿Parecemos locos ó es que efectivamente lo somos? Se ha hecho un argumento en contra de los acuerdos, y es diciendo que desgastan el nervio de los partidos y engendrá la corrupción en los hombres de la altura.

La reflexión es acertada y exacta cuando se realizan

conciliaciones ó acuerdos al estilo de los de Santos en 1886, es decir, cuando se tranza con la immoralidad generalizada en todas las esferas del Gobierno, pero carece de verdad y de consecuencia cuando se pacta de partido á partido, de una situación de respeto á las libertades comunes.

Yo no veo que haya descendido la altivez de los nacionalistas después del pacto de 19 de Abril, y por el contrario, me inclino á pensar que en virtud del convenio recordado han adquirido ellos más firme conciencia de su valer.

En definitiva se trata de la disputa de tres bancas que han pertenecido á los colorados y que por las elecciones de Noviembre podrían ó no podrían corresponder á los nacionalistas.

Por esa conquista problemática se van á encender las pasiones de las masas ciudadanas, se van á reavivar las querellas de un predominio de fuerza, que aguantan los colorados mordiéndose los labios, se va á comprometer la imparcialidad política del gobierno y á despertar sus celos sobre cierta tendencia absorcionista que aparece hoy bien disimulada en el seno del nacionalismo.

Tres bancas, pues, van á tener el privilegio desgraciado de alejar, quién sabe por qué tiempo, el propósito, actualmente casi madurado, de la política de coparticipación administrativa, diseñado recién.

Convengamos que por diversos caminos se puede ir al *desideratum* de aplicación de principios, y que un sacrificio de este género no sería el que los violara, sobre todo cuando al renunciar á la urnas, se buscase por medios, del más estricto decoro, colocar á los dos partidos antagónicos en una igualdad relativa de prevalencia.

El Partido Nacional demuestra una precipitación dema-

siado exterior por el triunfo del poder material, sintetizado en su núcleo, y bien que esto sea legítimo, en abstracto, no hay que perder de vista la dirección del impulso y pensar que los partidos no se mantienen en la altura sino por la actitud revelada para gobernar.

Creemos que al fin hemos llegado á ese período. Esperando ahora los nacionalistas, ganamos mucho, porque vamos á la vez formando hombres políticos y acrediitando para lo sucesivo los que existen, pues nos ha dejado pobres de individualidades el significado público, la larga prescripción sufrida.

¿Qué ventajas de posición puede sacar el partido nacional lanzándose á la lucha en estas elecciones parciales?

Tener una ó dos bancas más en el Senado, y ¿para qué? si continuaremos siendo minoría, y tampoco podemos decidir así los asuntos en que se halla empeñada nuestra voz de miembros de una colectividad en progreso moral!

Para lidiar por la representación de nuestro credo, y aún por la mayoría de representación, en el caso hipotético, tendremos que dirigirnos al campo extenso de maniobras, que ofrecerá el período eleccionario del año próximo. ¿O es que creemos que puede ser Vicepresidente de la República, cualquier día de estas kalendas, un nacionalista?

No dejarán por cierto de pensarlo algunos ilusos, de esos para quienes la habitabilidad de los astros es un problema definitivamente resuelto.

Veamos, en cambio, lo que conseguiríamos consumando el sacrificio del Acuerdo, que no es sacrificio verdadero para el partido que consiente en ello.

Llamo sacrificio al acto por el cual un hombre, núcleo,

fracción, colectividad ó agregado político, se desprende de su poder, de su influencia, ó resigna su valimiento de fuerza moral y material para conseguir un objeto altruista que no le beneficia.

El Partido Nacional, tranzando con el adversario, á expensas de un acuerdo, debería establecer las bases netas de la política de coparticipación, es decir, realizar con ese motivo de *orden público*, el programa, tantas veces predicho, de un gobierno nacional y no de partido.

Procediendo así, ganaría materialmente mucho más que mediante la disputa de tres bancas legislativas, y además recibiría el aplauso unánime de todos los hombres de principios.

¿Qué es, en efecto —yendo á los detalles— lo que se le pide á Cuestas, desde la iniciación de su gobierno constitucional?

No se le pide honradez en la administración de los caudales públicos, porque es notorio que la tiene; pero sí, se le pide una actuación política menos reconcentrada, un propósito más amplio, en la concepción de su rol de primer mandatario de los orientales.

Entonces, pues, qué bandera más simpática podría ofrecerse al Partido Nacional que ésta, que ahora su propio destino providencial le depara?

Pensemos que el señor Cuéstas tiene una media vuelta de llave concedida al nacionalismo, en lo relativo á la política de coparticipación, y que podría hoy, aprovechando una predisposición adversa al Acuerdo, manifestada en términos inconvenientes, retroceder á su tirantez-primitiva, buscando favorecer á los suyos y captarse la benevolencia de los elementos colorados disidentes.

El problema de la unión de la colectividad colorada, es fatal, tiempo más, tiempo menos, porque esta solución

la impone su supervivencia en la escena y la conservación de la misma en el Poder.

El autor de la revolución del 10 de Febrero no esperará, seguramente, muchos meses más, sin patrocinar algún acercamiento en las filas, como medio de contener al nacionalismo, en sus avances finales del propio período comicial.

Es cuerdo tomar la delantera, mientras se incuba aquel proyecto y conquistar *posiciones administrativas* eficaces para el partido nuesfro, que sean la representación genuina de un programa de política nacional.

No quiero argumentar con la situación económica del país y el anhelo muy legítimo de las clases trabajadoras por ver alborar un período de prosperidad, después de diez años largos de miseria pública, pero esto se pesa y se contrapesa en campaña, aunque no se transparente.

La masa nacionalista cree que los acuerdos son triptajos de los hombres letrados y los repugna, juzgándolos con este criterio; y sabe también la masa nacionalista actual, que la convocatoria á las urnas, en tiempos de gran presión partidista, es poco menos que un toque á generala.

Corresponde á los hombres de indiscutido capital político, apreciar en todas sus fases la cuestión presentada al examen de la opinión.

Departamento de Flores, Julio 15 de 1900.

Un paisano hablador.

De «Un paisano hablador» (1)

Señor doctor don Alberto Palomeque.

Mi estimado doctor:

Muchas gracias por la buena acogida que ha dispensado usted á las ideas expuestas en mi carta anterior, y muchas gracias, repito, no porque me halague la publicidad que obtuvieron, merced á su benevolencia, sino á mérito de lo que esa publicidad significa en el orden íntimo de las ideas del publicista brillante á quien las dirigí.

Debo felicitarlo, á mi vez, por causas correlativas, transparentadas en su actitud reciente, renunciando el cargo de Convencional del partido, en la Asamblea de la Florida.

Allí, como en San José, va seguramente á predominar un criterio exaltado, que no se aviene con la templanza que imponen situaciones delicadas y de reedificación, y es lógico creer que los hombres de maduro entendimiento resistan á una invitación para compartir responsabilidades de ese género.

Bien pudo el Directorio tomar dictamen al Consejo Consultivo de la comunidad, antes de resolverse á llamar á sesiones deliberantes la Convención de la misma, porque es materia muy espinosa la que corresponde tratar

(1) Debo manifestar que la gente maliciosa ha creído que yo soy el autor de esta carta. No es verdad: no uso nunca el anónimo para defender mis opiniones.

en el seno de la mencionada Asamblea, y los juicios no se improvisan con facilidad en la vorágine, aunque se obtengan como legítimos y conscientes por la sugestión de cualquier orador afortunado.

Sin propósito de ofender á nadie y solamente de decir la verdad, tenemos todos que convenir en que la Convención Nacionalista elegida en un momento de unidad de ideas, no responde, en su composición actual, del punto de vista representativo, á la expectativa nacional que en ella se cifra.

Hay en su seno ausencia lamentable de personalidades predominantes.

No pretendo negarle á la juventud el derecho de intervenir en los destinos de su partido, pero creo que es siempre prudente ser medido en la coparticipación acordada, tratándose de una misión política superior al alcance de sus experiencias y reflexiones propias.

Los partidos necesitan vigor de pensamiento para desarrollarse, pero también necesitan brújula para trazarse derrotero, en medio del conflicto, y esta brújula no la dan sino excepcionalmente algunos pocos muchachos que viven en contacto con la tierra.

No quiero seguir discurriendo, contra la costumbre de

Un paisano hablador.

Departamento de Flores, Agosto de 1900.

Ha días publicamos una carta suscrita por: *Un paisano hablador*, en la que decíamos que se transparentaba un dotor, no faltando quien, con toda malicia, y hasta con cierto grado de verosimilitud, nos la atribuyera, en la suposición de que este era un medio, como cualquiera otro, de hacer propaganda á favor de una determinada idea.

Hoy, por intermedio del Correo, como sucedió la vez primera, hemos recibido otra carta del *Un paisano hablador* en presencia de nuestro amigo el señor agrimensor don Juan Paseyro Uset. Ella es la que precede estas líneas. Dejamos á su autor con la responsabilidad de sus ideas y con el derecho de buscarle la razón á nuestra renuncia. Esta vez, *Un paisano hablador* empieza á descubrirse, pues ya por el sobre de la carta se demuestra que no habita, por ahora, en nuestra campaña, en el Departamento de Flores, de donde aparece dirigida la misiva, sino que, como cualquier buen doctor, se abriga, contra el frío, en la Capital de la República. Ha ganado las taperas, por lo visto.

Y ya que nos ocupamos del interesante asunto que motiva la carta del inteligente ciudadano que se oculta tras el pseudónimo mencionado, aprovechamos la ocasión para hacer presente que participamos en un todo de la opinión sensata de quienes han dicho, con razón, que lo que se trata de decretar en esta jornada política no es el acuerdo, sino el *desacuerdo* de los partidos.

En efecto: con mucha razón acaba de decírnos el general Saravia, el caudillo militar nacionalista, que *él está dentro del Acuerdo*. Hasta ahora todos creímos que vivíamos en una atmósfera de conciliación política, y que ningún suceso se había producido, de carácter grave, que hiciera necesario el rompimiento del Acuerdo en que persistimos, y por obra del cual el Partido Nacional está, á su vez, gobernando en el país. De esto no se dan cuenta los que quieren cambiar la situación gubernamental. Los nacionalistas están en el gobierno. Tanta responsabilidad les toca en lo que sucede, como á su propio aliado. Por consiguiente, si hasta ahora se va marchando bien, si el camino es el bueno, ¿por qué cambiarlo? ¿qué aconteci-

miento de carácter extraordinario y grave hace necesario que los amigos se arrojen los platos por la cabeza en medio al banquete? Si se sirve alguno que no es del gusto de uno de los comensales, porque el cocinero político no haya sabido confeccionarlo, presentándolo agradable á los ojos y al paladar, ó se hace el sacrificio de tragarlo, sin masticarlo siquiera, ó se deja intacto, sin devorarlo. Y es este sacrificio el que reclama el país. El Partido Nacional ha ganado simpatías populares y acentuado su influencia, debido á su altruismo político; porque no ha confundido el partidismo de la casa, como otros lo han hecho en épocas pasadas, con lo que reclaman los intereses generales del país. Y sólo persistiendo en ese terreno, que nos dará la paz, es que nos conducirá á la cumbre, es decir, á la felicidad de la Patria. Esta no está encerrada en unas cuantas bancas del Senado, sino en el procedimiento general de la práctica gubernativa, gobierne quien gobierne.

En este sentido, la administración del señor Cuestas, con todos los inconvenientes naturales de una situación creada á raíz de tristes sucesos, es esencialmente nacional, por lo mismo que surge de la voluntad del acuerdo político. Y si ella nos acreedita á todos, no hay para qué abandonar lo cierto por lo dudoso.

Los que quieren el *desacuerdo* no se fijan en el alborozo de los enemigos. Éstos, como se dice vulgarmente, les hacen *colita*, para que se entusiasmen y lleven adelante el *principio* de un *final* que sólo á ellos interesa y conviene. Detrás de ese llamado sufragio popular, están los elementos derrocados. Buscan la ocasión para recuperar sus posiciones. El *desacuerdo* se las propiciaría, porque una jornada electoral no tiene otro fin que el de separar á los luchadores. La pasión hablará entonces, y

el que resulte vencido no se resignará nunca á ver un aliado en quien fué su *adversario*. Y una vez principiada la lucha ¡quién sabe á dónde nos conduciría!

Los partidos políticos se resuelven por las conveniencias generales y las suyas propias, éstas últimas comprendidas en aquéllas. Si éstas aconsejan persistir en una tarea que ha dado buenos resultados, su deber es continuarla. Mal piloto sería aquel que, teniendo á su favor el viento y una mar tranquila, para llegar al puerto próximo, prefiriese elegir el viento contrario, una mar bravía y la distancia mayor para arribar á la rada deseada! Nuestros paisanos ya lo saben: no ha de apurarse el caballo cuando la jornada es larga y no se saben los tropiezos que se pueden encontrar en el camino. En ese caso marchan al paso y al trote, sin galopar, para no cansar al animal, que les ha de servir en el momento de apuro. Sólo el que no es jinete lo lanza á la carrera, desde el principio. Y así se queda en el camino, expuesto á marchar á pie y á ser el juguete de la naturaleza.

La lucha de este año debe ser, y felizmente así lo será, pacífica y acuerdistica. Así lo quiere el país.

Y lo que el pueblo quiere, Dios lo quiere. Así lo reclama la situación política que se nos viene encima para el año venidero. La lucha presidencial de 1901 debe encontrarnos unidos y acuerdistas. Y cuanta más abnegada y noble y desinteresada y generosa sea la actitud del Partido Nacional en la actual jornada, más beneficio será el fruto que la República recoja, y mayores las bendiciones que sobre su nombre caerán por parte de quienes saben lo que vale una acción armónica en política. No se cambian caballos en la mitad del río.

Lo que el pueblo quiere, Dios lo quiere, hemos dicho. Y en verdad: bastaría para ello la celebración de un mee-

ting popular para demostrarlo. Los hombres de todos los partidos lo presidirían, con el comercio á su frente, luchando por el bien general, y con sus estandartes flotantes, diciendo en sus inscripciones: Del Acuerdo ha surgido la honradez administrativa. Adelante! que es fruto de bendición y de progreso. (1)

(1) Esta idea del *Meeting* la había proclamado *El Siglo*. Era muy buena, pero como no todos estuvieran conformes, se abandonó. Fué una lástima.

El « meeting » del pueblo

• El Partido Nacional basándose en los antecedentes expresados y respondiendo esta vez como siempre á las indicaciones de la opinión pública, manifestadas elocuentemente en pro de esa solución patriótica en los últimos días se creó en el deber de asentir á ella y de dirigir á ustedes esta comunicación que al mismo tiempo que importa la aprobación de la actitud que han asumido en representación del partido durante las negociaciones, les servirá también de credencial para ponerles fin con la amplitud de facultades expresada. — Saludo á ustedes.—*Carlos A. Berro, Vicepresidente.* — *Aureliano R. Larreta, Secretario.* — *Rodolfo Fonseca, Secretario.*—(Abril 19 de 1898).

1.^o Que adhiere al pensamiento de la celebración de un acuerdo electoral, respondiendo con este acto de civismo á los antecedentes de su propio partido, á la exhortación patriótica que ha dirigido la prensa en general y los elementos conservadores del país, representados por sus hombres más prominentes y concurriendo de esta manera á la más pronta reorganización constitucional de la República.

(Declaración de la Convención del Partido Nacional en Abril de 1898).

Emplead todos vuestros esfuerzos en apaciguar las querellas y en hacer desaparecer todo sentimiento de enemistad.

Cuando el pueblo delega la soberanía en sus representantes no renuncia en absoluto al derecho de discutir sus intereses. Por el contrario, los vigila, y trata de hacer co-

nocer sus opiniones, empleando los variados medios que el espíritu moderno ha inventado. A nadie puede ocurrírsele que, porque el paisano, buen jinete, ha prestado su parejero, por un tiempo señalado, no tenga el derecho de vigilarlo, mirarlo, de cerca ó de lejos, con ojos de amo y de cariño, como diciéndole al amigo que lo monta; « cuidado, aparcer, no me lo *manquee*, ni me le haga cambiar el paso á que ya está acostumbrado, que es muy bueno y cómodo de andar para mí; no me lo devuelva con mañas; trátelo con cariño que es mi persona, como dice la canción de la paloma ». Pues ni más ni menos que el paisano dueño del parejero, hace cada ciudadano, todos los días, con las autoridades creadas por la Constitución y por él colocadas en el puesto debido, para administrar sus intereses.

Todos los días, ya por medio de la prensa, del manifiesto ó de la conferencia, emite su juicio crítico, llamando la atención sobre lo que él considera lo más conveniente al mandato confiado, sin que nadie pueda decirle; « ¡alto ahí! usted no puede opinar, porque usted tiene constituidas sus autoridades para ello ». Esto sería el despotismo, é innecesaria, desde luego, la prensa, el club, la conferencia, el meeting, desde que la propaganda no se permitiría ni produciría sus naturales y benéficos resultados. El pueblo sería un autómata, que ni siquiera retendría aquellos derechos no delegados. Con ese criterio nunca podría sacudir la tiranía, porque su deber sería oír y obedecer.

Otro tanto sucede con los partidos políticos, que no son más que el gobierno chico de unos cuantos dentro del Gobierno grande de todos. Constituido el partido, se delega su representación en unos cuantos hombres, quizá lo más expectable que tenga en su seno, para en ese signo reconocerlo. No por el hecho de darles esa representación, se pierde el derecho indiscutible de criticar sus actos y de ha-

cer llegar hasta ellos el eco de la opinión pública, por todos los medios cultos y permitidos, para que, conociéndola, adopten luego sus resoluciones.

Y si ese derecho de crítica, aún contra las resoluciones adoptadas por las autoridades nombradas, es permitido, en nombre de lo saludable que él es, influyendo así á fin de impedir la reincidencia en el error, ¿cómo impedirlo, invocando disciplina, cuando aún no se ha adoptado resolución alguna? En este caso, la discusión es útil y necesaria. Cada uno contribuye así, con su grano de arena, á ilustrar el asunto, para que sus observaciones puedan y deban ser tomadas en cuenta por las autoridades nombradas. Una vez resuelto el punto, recién entonces podrá invocarse la ley y la disciplina para hacer que se cumpla lo resuelto. Mientras tanto, es un derecho y un deber el que se ejercita á fin de hacer triunfar las opiniones que se consideran las mejores y las más buenas. No se hace más que practicar lo mismo que ejercitan los contrarios, por lo que ellos no pueden criticar al contendor. Entonces se estaría autorizado también para decirles: «callen ustedes, que han hablado mucho durante tan largo tiempo».

Y esto es lo que viene haciéndose desde hace algún tiempo. Todos los ciudadanos han emitido su opinión sobre el *desacuerdo*, usando del medio que tienen á su disposición ó que mejor condice con su carácter. El periodista pelucón emplea su hoja diaria y cree que no conviene empañar la idea llevándola al lodazal de la calle pública, y así pasearla vívida y real; cree que es obra de cabeza y no de sentimiento: el escritor sentimental recoge su alma, y, al son de la hermosa lira, evoca las más heroicas acciones de los anales partidistas y apela al corazón de la masa humana y busca el triunfo del desacuerdo en el charco de la calle, donde se condimentan los dolores y las

alegrías populares; el atildado conferenciente busca en la tribuna del Club la frase levantada é hiriente con que ha de hacer roncha en la epidermis de su adversario, picando como pulga que se esconde entre la camisa; y el entusiasta miembro del Club jacobino, llevado de su ardor, se lanza á toda carrera, como caballo que ha tascado el freno, y en nombre de las furias del Averno predica el *desacuerdo*, no sin antes, como cosa que surge del Averno, haber arrojado bocanadas de incendio para quemar reputaciones intachables, lo que es aplaudido por el hombre de la prensa y luego, para su honra, publicado en la hoja diaria.

Todo esto se ha hecho. La Prensa, el Club y la Conferencia han funcionado. Nadie ha negado, hasta ahora, el derecho con que cada uno emitía su juicio. Negarlo en adelante, y con motivo de un *meeting*, es un error. El mismo derecho usado hasta el abuso, yéndose á herir nobleza de sentimientos, es el que hasta ahora se invoca para hacer más palpítante el error de los que sostienen el desacuerdo. Se habla de un *meeting* popular. Y hay quien supone que se ha enajenado la libertad para ir á un *meeting* y no se la ha enajenado para escribir un artículo, ir á un Club y pronunciar una conferencia. Pues lo mismo da lo uno que lo otro. El derecho que otros han usado, empleando cualquiera de aquellos medios, es el que utiliza quien coloca su firma al pie de una Invitación al Pueblo, á fin de reunirlo y hacer llegar hasta el seno de las autoridades del país y de los partidos políticos el anhelo general de la Nación. Y deber de los buenos representantes de un centro político es escuchar esas opiniones, estudiarlas, pensarlas, meditarlas y luego resolver cuidadosamente, porque se trata de algo que es de todos y no es de ninguno: de la tranquilidad futura del país.

En este sentido conviene que se haga sentir la mayor suma de opinión pública, de una y otra parte. Los acuerdistas y desacuerdistas deben exhibir todos sus elementos. Así los centros directivos de los partidos políticos conocerán el poder de la opinión y tratarán de encauzarse en ella, porque una colectividad no puede, sin suicidarse, ir contra la corriente general del país, al que debe servir principalmente y sobre todos los demás intereses accidentales.

La idea del meeting es buena. Ella viene de acuerdo también con la actitud que ha asumido el Directorio del Partido Nacional, que bien pudo ser otra. Así se apela á la fuente originaria de toda soberanía, siguiendo los rumbos que el Directorio busca. Son los plebiscistas á que recurren los gobiernos en su lucha con el Parlamento. Así se exhibe la verdadera voluntad popular, que es la que deben acatar, en este caso, los centros de dirección política. Cuando la Convención del Partido Nacional se reuna en la Florida, bueno es que sepa que lo que los Partidos Colorado y Constitucional han resuelto, es lo que el país quiere: que los afiliados al Partido Nacional, que esa Convención representará, ahí están manifestando asimismo sus votos á favor del acuerdo, de la concordia, de la civilización, y, en una palabra, de la Paz, confundidos entre la ola popular: que vean y palpen los inconvenientes de la política del desacuerdo, que retraeerá los capitales europeos en momentos en que tanto se necesitan para levantar al país de la postración en que se encuentra.

A ese meeting concurrirá todo el país, porque lo que éste quiere es Paz para desarrollar su vitalidad, inspirando confianza á todos los espíritus. No se diferenciará mucho de lo que fué, por ejemplo, la Conferencia popular del joven doctor Ramírez. A Roma se va por muchos caminos. Y

concurrirá todo el país, porque esta es una cuestión de Paz, que á todos nos toca, á ciudadanos como á extranjeros. Unos y otros tienen interés en revelar sus sentimientos, para que haya paz entre los príncipes cristianos. Es algo así como el meeting de la Paz, al que todos concurrieron. Van ahora á impedir que la chispa surja y el incendio se produzca, como entonces fueron á extinguirlo, para que no se consumiera en escombros la hermosa República. Todos tienen interés en esta contienda. Se trata de salvar lo que se tiene. Todos deben cooperar á la obra para que la política de la Paz, que es la del Acuerdo, se asiente sobre bases firmes y permanentes.

No es del presente solamente del que debemos ocuparnos, sino también del porvenir. Los pueblos deben tener rumbos fijos trazados por medio de sus partidos políticos, cuando menos durante una época dada. No es posible hacerlo vivir en medio á incertidumbres, que nada estable fundan, á no ser la del mismo mal que hacen, que luego cuesta desarraigar. Y ese movimiento popular, al que concurrirían todos los elementos sociales, desde el rico capitalista al pobre trabajador, nacional y extranjero, quedará ahí, diciendo á los hombres directores de las colectividades políticas: «Queremos el acuerdo, porque es el que encierra la Paz; no podemos condenar al país, y con él á nuestras familias é intereses, á vivir en una perpetua y constante agitación».

Y entonces la Convención del Partido Nacional, al conocer esa manifestación del sentimiento público, dirá, como el Directorio y la Convención de 1898, según el texto de los documentos reproducidos al frente de este artículo: *El pueblo lo quiere, Dios lo quiere.*

Y lo que el Partido Nacional dijo el 19 DE ABRIL DE 1898, festejando, con esa declaración honrosa, tal fecha

histórica, ¿ por qué no podría decirlo el pueblo nacional y extranjero el 25 DE AGOSTO DE 1900, saludándolo así, con las palabras de Acuerdo y Paz, las que mejor suenan al oído del ciudadano amante de la Independencia que se va á rememorar ? ¿ no sería esta la ofrenda que mejor cuadrara á los manes de los fun ladores de la nacionalidad, que nos inculcaron orden y paz ? ¿ no es esta la voz del pueblo, ahí representada por toda la prensa nacional y extranjera de la República ?

Los valientes

Bueno es dejar constancia de que yo no me afiero á la fecha histórica, para que en ella precisamente se celebre el meeting. Lo único que hago resaltar es que son fechas históricas las que aprovecha el pueblo para sus expansiones políticas. Los grandes días patrios son los elegidos por los partidos políticos para sus manifestaciones públicas. Dicho esto, continúo el tema de mis artículos sobre el desacuerdo electoral.

Se ha tratado de confundir al *paisano hablador* con el que estas líneas escribe, atribuyéndole al que lucha sin visera los argumentos expuestos por quien la utiliza, aprovechando esa ventaja que siempre da el misterio en las cosas humanas. Aun cuando ya sabrá la persona aludida descubrir su inteligente personalidad, para así impedir que la malicia humana siga haciendo su juego, voy, no obstante la confusión que se ha hecho, á contestar cierta impertinente argumentación, que nada absolutamente tiene que ver con el asunto de que se trata.

Yo no he argumentado en contra de la juventud. No le he desconocido sus derechos. Los tiene, muy saneados. Más aún: todos los viejos desearíamos ser jóvenes, es decir, unos verdaderos Faustos.

Pero, desearíamos serlo, contando siempre con la experiencia adquirida. Para volver á cometer las mismas imprudencias de la edad ardiente, preferiríamos quedarnos con nuestra vejez prematura. Sólo los espíritus frívolos.

que nada han aprendido en la tarea mundana, sin duda porque no han estado en contacto con los grandes intereses, pueden aspirar á la juventud por ser juventud. En la vejez hay ardor también. Quinet no se cansó de decir que su vejez había sido una constante ascensión hacia la luz; pero que los días de su vejez le fueron «más dulces que los de su juventud».

Es que al aproximarnos á la edad madura «se han mezclado algunas verdades de que el alma se ha provisto; no se roe ya á sí misma en el vacío y en el desierto». Tanto vale un alma joven dentro de un cuerpo maduro, como la misma dentro de un organismo juvenil; pero, hay una diferencia á favor de la primera: se ha provisto de verdades, que ya no roen en el vacío y en el desierto.

En este sentido, ya ha dicho el paisano ducho: macaco viejo no sube á palo podrido. La juventud inexperta puede que sí, que reproduzca el cuento de Sjerbosen sobre *El nido de los aguiluchos*, muy conocido en el Departamento de Cerro-Largo. La juventud, en sus entusiasmos y delirios, podrá abrir la carrera, agitar pendones en las cu-chillas, pero siempre será necesario que la edad madura realice, afirmando, lo que ella mira como cortina flotante en los horizontes á través de sus espejismos.

Es así cómo ha de entenderse lo dicho por el *paisano hablador*. No de otra manera lo he entendido yo; ni de otra lo han entendido los que saben leer y meditar. No conviene, pues, buscarle el reverso á la medalla, que el cuño es limpio y puro.

Bueno, y muy bueno, que un pueblo tenga ciudadanos valientes, capaces de vender caras sus vidas cuando se trate de defender las instituciones y el territorio.

Nadie desconoce que, llegado ese momento crítico, toca á la juventud, que es la que tiene el brazo robusto y la

sangre ardiente, tomar el fusil é ir á los campos de batalla. Va entonces á hacer carne la idea que han predicado los verdaderos hombres de Estado, los políticos sesudos, ya aleccionados por la experiencia, y que, con *rigor de pensamiento* han trazado rumbos á la nacionalidad. Los Pitt sólo por excepción surgen en la humanidad, aunque no así los poetas; cuanto más jóvenes éstos, mayor es la potencia versificadora, y grandilocuente la inspiración y noble y levantada la frase.

Los políticos, como los generales, deben huir del fuego; son cuidados por sus soldados; los rodean para que no peligren. Es que se sabe lo que cuesta *formar un hombre*. La juventud que perece encuentra en seguida quien la reemplace. Otra generación ocupa en seguida sus filas raleadas. Los *hombres hechos* son la nación misma hecha carne, representando sus tradiciones y las glorias de varias generaciones. Por eso, se les mira, se les consulta, se les respeta, y se les cuida para que no vayan al fuego.

Se reservan para las grandes ocasiones. Y cuando éstas se presentan y el peligro es inmenso y el derrumbe cierto, repliegan su alma, se envuelven en todas sus energías, y en un acto sobrehumano vuelven á ser la juventud alada que busca la muerte para dar ejemplo imperecedero de que el león ha dormido, pero no ha decaído. Es que el alma de un pueblo se revela con toda su amplitud y grandeza sólo en las grandes solemnidades nacionales.

Ya ellos han dado lo que su ardienta les pidió en época pasada. Y ahora, que no van á las cuchillas, se quedan defendiendo el derecho y la justicia, sin ser menos grandes que los soldados ni menos ardorosos que sus caudillos. Cada uno da á su época lo que le corresponde. No es más enérgico y valiente el soldado que durante la batalla defiende su bandera, que el genio político sopor-

tando las descargas de la injusticia para salvaguardar el honor de los caudillos que combatieron en el campo armado. Se necesita energía y valor para ambos actos. Y es que el pensamiento y la acción, el político y el soldado, se completan, se ayudan, se confunden en una lucha común, en la que el uno da su sangre y su brazo y el otro sus talentos y sus virtudes para sacar ilesa á la más sagrada de las revoluciones humanas. No son los soldados los únicos que tienen derecho adquirido á hacer oír su voz en las convenciones: no son los valientes jóvenes que oyeron el silbido de las balas en las cuchillas los que han de juzgar exclusivamente el punto político: no: toca su resolución al pensamiento maduro, exento de entusiasmo y de ese amor á la gloria militar, que heredamos de la metrópoli y que tantos males nos ha causado, y aún nos causará. Es deber nuestro mantener los derechos respectivos. Esa manera de encarar el problema va contra las tendencias de todo partido civilista.

Eso importa sustentar la causa del militarismo, que existe dentro de cada fracción sin revelarse con entorchados y chaquetas. Y eso que hoy se llama juventud y milicia ciudadana, á quien se exalta con los recuerdos de las glorias de casa, eso sería el militarismo del futuro cuando la comunidad llegara á la cumbre. Proclamarla como la única que debe decretar el Acuerdo, porque ella estuvo en las hermosas acciones campales, es desconocer la línea que invisible dice á cada hombre: cada uno en su tarea.

No despreciamos á los valientes ciudadanos que fueron, con el arma al brazo, á defender los ideales de su colectividad, pero no despreciamos tampoco al político que asentó la obra y que bien podría decir: ¿y dónde estabais vosotros cuando yo mil veces defendía mis y vuestros ideales ante los jueces inhumanos subiendo las gradas de los

tribunales, como precursora, la toga, de la revolución á estallar? ¿y dónde estabais vosotros cuando yo salí á defender vuestras personas, en la calle pública, poniendo mi pecho á la injuria de la autoridad? ¿y dónde estabais vosotros cuando el político...?

No: demos á los valientes su lugar, pero no levantemos al militarismo sin chaqueta, que mañana sería, en el gobierno, el azote de su propia colectividad. Cada cosa en su lugar. El Acuerdo lo decretarán el político y la experiencia, pero nunca el sable.

El engaño de sí mismo

Discutir con el elemento joven, con las nuevas generaciones, es siempre un alto honor para quien las contempla con afecto, pero con cuidado, como temeroso de sus impaciencias y de sus audacias. Ellas escuchan entonces, con la altanería ingénita de la edad, que cree poderlo todo, revelada en su mirada y apostura, las palabras tranquilas y suaves de la experiencia, mientras ésta, la madurez de juicio, considera, á su vez, lo mucho que importa no desdeñar lo que esa juventud, esperanza de la patria, reclama á grito herido, de los que van por delante.

Ella empuja con calor, pero los que cubren las primeras filas son los que ven más de cerca las zarzas del camino, por lo que van despacio, para no herirse con las espinas que ellos han de arrancar, sirviendo así á los que vienen detrás, queriendo precipitar la carrera hacia la cumbre. Hay en las ansias de la juventud un sentimiento egoísta. Ella, toda luz, calor, fuego y amor, se cree la dueña absoluta del mundo, y, como tal, con derecho á gozar de su esfuerzo y del ajeno. Ignora que ese egoísmo, natural en la época de las ilusiones, no encuentra en seguida su realización en la práctica de la vida. Nadie, ó casi nadie, contempla hecho flor su pensamiento amado.

No se hace más que sembrar para que otros recojan el fruto. La existencia es muy corta para que podamos utilizar nuestra propia obra. No podemos vivir en nosotros mismos. No tenemos ese deleite que proporcionaría nuestra aspira-

ción egoísta. Y es bueno que así sea, para que vivamos en y por los demás, por los qué nos subsiguen en la jornada. En este egoísmo, sí, que es una esperanza de ultratumba, la de vivir en el corazón de nuestros vástagos, por el ideal en sí mismo, desprovisto de todo oropel, sin la influencia de los *pequeños medios terrenales*, se puede pensar. Ahí se ve representado en los grandes mausoleos de bronce en que el hombre se destaca *con las pupilas vueltas hacia el sol de la inmortalidad*, como decía el cultor de la frase americana, el distinguido señor don Eduardo Acevedo Díaz.

Apenas si dejamos la semilla á medio sembrar, para que otros terminen la tarea, y los que después de éstos vengan, recojan el fruto ya maduro. Y esto es lo que sucederá en la actualidad. La semilla arrojada en el surco, para llegar á la *reorganización constitucional de la República*, apenas está sembrada. Aún no ha echado raíces. No removamos el suelo, porque podemos traerla á la superficie, y secarla, inutilizando la obra que nosotros mismos hemos iniciado. ¡Ojalá la reorganización constitucional de la República fuera una verdad inconcusa! Estamos solamente en *el final del principio*: aún no hemos comenzado *el principio del final*.

Lo que se supone ser una gran verdad no pasa de una ilusión. No hay que engañarse á sí mismo. La atmósfera que se ha formado es aparente, ficticia. Lo que sucede es que recién comienza á ilustrarse la cuestión, porque el pueblo recién se apercibe del error en que se había incurrido. De ahí la indignación y el calor de los adversarios al conocer la idea del meeting, al despertar del sueño. Cuando se lanzó la idea del *desacuerdo*, muy pocos fueron los ciudadanos que se dieron cuenta de la necesidad evidente de salirle al encuentro para que no tomara cuerpo. Los que más obligados estaban, guardaron silencio.

Sus sostenedores comenzaron á mover y agitar los espíritus. Y á fuerza de tanto hablar y repetir siempre la misma cantinela, se ha creído que es una verdad indiscutible para la mayoría nacionalista.

Y este es el error que conviene evidenciar, ya que el Directorio del Partido Nacional no ha creído de su deber proceder como los demás centros de opinión política lo han hecho. El Directorio no ha querido asumir esa responsabilidad: ni siquiera ha creído conveniente llamar al Consejo Consultivo, creado por la Convención para casos de esa naturaleza precisamente.

Dentro de sus facultades estaba el resolver el punto. No ha querido hacerlo, y ha preferido compartir responsabilidades con una asamblea tumultosa y sentimental, olvidando que no es en centros de esa naturaleza donde mejor se discuten puntos de tanta gravedad. No siempre hay la libertad necesaria para decir ante una Asamblea de esa índole todo lo que convendría decir en un cenáculo, en un *petit comité*.

En este sentido tiene razón el distinguido joven doctor Ramírez cuando dice que ésta es una cuestión de cabeza y no de sentimiento, aún cuando no la tenga al sostener que lo que aconseja la cabeza no pueda pasearse por las calles públicas. Entonces ya no va á discutirse, sino á manifestarse lo discutido, lo resuelto, que es mucho menos grave que abrir la tribuna para que allí vaya el público á disputar sobre lo bueno ó lo malo de la idea, como se hizo en la conferencia del Club Constitucional.

Yo no he podido decir que el meeting demostraría que lo resuelto por el Directorio del Partido Nacional es lo justo, como lo he dicho respecto á la resolución de los partidos Colorado y Constitucional, porque aquél nada ha dicho, mientras éstos sí: pero, sí he podido invocar á los par-

tidos, porque la acción conjunta en que hasta ahora se actúa, autoriza para ello, sin agravio de nadie ni de ningún sentimiento partidista. En cambio, se ha dicho lo único que podía decirse, y que por error ó malicia no se reproduce por quien debiera hacerlo, procediendo con sinceridad en la polémica. Se ha dicho: y como el Directorio nada ha resuelto todavía, ese *meeting* del Pueblo servirá para demostrar á la Convención del Partido Nacional cuál es el sentimiento general y el de los ciudadanos nacionalistas que se pondrán al frente de esa manifestación confundiéndose con la ola popular.

El Directorio y la Convención no pueden prescindir de tomar en consideración la opinión del país, porque sería ridículo suponer un partido político que dijera como el monarca francés: *El Estado soy yo*. Sus resoluciones deben inspirarse en el sentimiento general de la nación, para así captarse las simpatías populares. Por lo demás, mencionar y aplaudir lo que resuelven *los aliados*, porque hasta la fecha lo son, no es sino seguir la corriente de los sucesos marcados por las mismas autoridades nacionalistas. Ellas viven en íntimo contacto: todavía no han roto el Pacto. Mientras no suceda así, la vida política, armónica, que se lleva, obra de las mismas circunstancias creadas por la alianza, obliga á buscar soluciones comunes. Cuando ella desaparezca, haciéndose rancho aparte, entonces será del caso luchar, combatir y no inspirarnos en las conveniencias de los aliados sino en las de cada uno, pero siempre mirando por los intereses permanentes del país. Y llegado ese momento, ¡quién sabe los que vivirán más separados de la idea grande, aún dentro de sus mismos ranchos!

La idea del desacuerdo se viene predicando desde hace meses. Para hacerla triunfar se ha recurrido á una argu-

mentación sofística y extrema. Lanzada así la idea, sin que nadie le saliera al encuentro para combatirla persistentemente, ha sucedido lo que dice un escritor moderno: la primera versión admitida por el público tiene fuerza de verdad, mientras la afirmación ignorante y ciega nunca inspirará las desconfianzas que inspira la duda sincera. Ha sucedido aquello de que quien da primero da dos veces. No se la ha combatido por quienes debieran, y por eso se ha creído que ha hecho camino. Se ha desdeñado á sus sostenedores. Se ha querido hacer el vacío á su alrededor. Y esto no es práctico ni político. Las dificultades no desaparecen no mirándolas. Por el contrario, hay que contemplarlas de frente. En política no hay enemigo despreciable, y mucho más cuando un joven poeta, ardoroso, se pone al frente de una idea revolucionaria. El entusiasmo delirante se transmite y las muchedumbres aclaman luego al que aparece como más esforzado paladín. Este es el error en que generalmente incurren los que tienen el Poder. Confían en su fuerza, olvidando que si ésta es buena para mantener el principio de autoridad, no por eso ha de prescindirse de ilustrar el pensamiento descendiendo á medir las armas de la dialéctica y de la razón con un adversario que se presenta invocando los fúeros de la juventud que es siempre, eternamente, la amada de los Dioses.

Por eso, honrándome, he venido á la batalla á cruzar mis armas con el ardoroso paladín de una parte de esa juventud nacionalista que se agita y mueve en las columnas de *El País* haciendo sonar las cuerdas de su arpa poética, y á quien el pueblo parece decirle, como á Lamartine: «Canta! Canta! • No lo convenceré. Lo sé por adelantado; pero, á lo menos, yo habré cumplido con lo que considero un deber en beneficio de mi país y de mi colectividad nacionalista.

Y para terminar hoy, diré por qué no voy á la tienda hermana á medir en ella mis fuerzas ya gastadas. La experiencia enseña que nunca debe batirse en casa del adversario. Si es vencido, se puede creer que ha sido asesinado; y si se es vencedor, los deudos pueden cometer alevosía. Y esta última es muy común en la prensa. Los acápitones con que se preceden los artículos de diario son el *stiletto* con que se ultiman, deslustrándolas, las ideas contrarias. Y cuando se tiene casa propia, ó á lo menos hospitalaria como *El Día*, en este caso, en que las ideas son las mismas, no hay para qué abandonarla para ir allí, donde el nombre y la fama no fueron respetados! En ese caso puede que el que se dice amigo no lo sea más que el adversario hospitalario. Mucho de eso se ve en la práctica de la vida!

Argumentos tristes

Yo no sé lo que tendrá que ver mucho de lo que acaba de decirse personalmente contra mí, con saña y odio, con olvido absoluto de la calma reclamada en toda polémica. Es necesario disculpar algo á los jóvenes. Yo también lo he sido, y ¡cuántos errores he cometido! Las saetas dirigidas tienen veneno, pero no emponzoñan al viejo adalid, porque no consiguen atravezar la coraza. Ni siquiera llegan á herir la epidermis del amor propio. Hay que disculpar al poeta y al joven. Da lo único que tiene, por lo que no puede pedírselle más. Eso sí, convendría aconsejarle calma y que no pinche demasiado su vena nerviosa. La polémica, para ser útil, no ha de llevar el propósito de zaherir ni humillar al adversario. Por el contrario, ya que le honramos, buscándole y retándole á la discusión, deber nuestro es levantarla hasta nuestra altura, no revelando ira ni saña. De otra manera pierde toda su utilidad la discusión del asunto. Sólo porque es necesario, voy á ocuparme de tres argumentos personales que nada absolutamente tienen que ver con la bondad ó no del acuerdo político. Y trataré de hacerlo lo más someramente posible, para no distraer mi atención del punto fundamental.

Insiste el adversario en lo mismo. A cada rato sale á lucir aquello de que yo escribo en *El Día*, diario colorado. Este es un reproche que por activa y por pasiva me dirige. Y con cierto gozo interno lo repite, como creyendo que eso hiere y ofende. Conozco la intención malevolente del joven ó de quien lo inspira ó de quien lo ha inspirado.

Ya el *perro fiel* oyó la especie en otra casa, y sabe cómo salió su amo. Recuerde lo de los *macachines* del célebre banquete de 1898. (1) Es una perversidad que nunca hará camino. Lo que se quiere es impedir que una palabra honesta y sensata, siempre respetada, ejerza, en este momento, en el acto de reunirse la Convención, la influencia legítima que tiene todo hombre que ha rendido culto severo á la verdad, al altruismo político, despreciando las vulgaridades y los recursos gastados para adular poderosos y caudillos. Y en ese camino, en el de decir la verdad, lo que siente y piensa, siempre le ha ido bien. Los puestos de honor discernidos lo han probado y lo prueban. Representa actualmente al Departamento de Cerro-Largo en el Cuerpo Legislativo, á nombre del Partido Nacional, por obra del acuerdo de los partidos políticos, sin haber estado en las cuchillas, aunque, eso sí, en la prensa y en los tribunales y en los Clubs defendiendo los ideales de su colectividad. No parece, pues, que el Partido Nacional tuviera tan pobre idea de su individuo cuando le asigna cargos de tanta importancia, aun sin haberlo servido en las cuchillas. Parece que de algo sirve, cuando hasta se le envía á las Convenciones y se le nombra para que proponga reformas á la Carta Orgánica de la colectividad, de lo que en la actualidad se ocupa, en unión de otros distinguidos compañeros de causa. Y si actualmente no está allí frente de un diario de su partido, es porque no lo ha querido, obedeciendo así á sus propias convicciones, á las que han sido el culto de toda su vida: á las de la concordia y fraternidad.

Si escribo en un diario como *El Día*, se debe á que en él se ha abierto una tribuna libre á todas las opiniones y á

(1) Véase página 438 de *El año fecundo*.

cierto deber de gratitud. El distinguido propietario de *El Día* concibió, ha un año, el pensamiento de hacer de su diario un centro de opinión general. Pidió á varios ciudadanos, que él consideró influyentes en el país, escribieran, bajo su firma, artículos de actualidad política, ofreciéndoles remuneración. Varios han escrito, y entre ellos están los amigos Rodríguez Larreta, Moreno, Martínez (Martín C.), Castro, etc., etc. Yo lo he hecho, desde entonces, generosamente, y grato al honor dispensado, porque además tenía un deber de gratitud que cumplir, por el hecho de haberme dado franca hospitalidad para mis producciones cuando la lucha con el Tribunal de Justicia en la causa del joven Ravecca, rechazadas por otros diarios.

Así se explica que no haya accedido á la solicitud de un estimado amigo que me ha pedido para su diario los artículos que vengo publicando en esta hoja popular. Si yo siguiera la corriente de quien me critica, podría preguntarle: ¿á qué color político pertenece el ciudadano que fundó *El País* y que con su dinero paga á sus actuales redactores? ¿Es acaso nacionalista? (1) Por lo demás, ¿acaso *El Día* es un órgano enemigo? ¿no pertenece al ciudadano partidario de la actual situación gubernamental, que todos servimos, y á quien mis correligionarios han honrado, en el Senado, por dos veces consecutivas, nombrándolo Vicepresidente de la República? ¿Acaso no estamos todos sirviendo una misma causa, organizando, diré así, un verdadero partido gubernamental?

Muy pobre debe ser la causa defendida cuando á tales argumentos se recurre. Las ideas valen, no por el paraje donde se emiten, sino por su propia virtualidad.

Es cierto que sostuve la candidatura del doctor Herrera

(1) Véase más adelante el Capítulo titulado: *Un nuevo adalid*.

y Obes para Presidente de la República. Este es un cargo del género simple. Con ese criterio no podría *El País* recibir las inspiraciones de su ninfa Egeria, el doctor don Carlos A. Berro, el actual Presidente del Directorio. É fué el Ministro del doctor Herrera y Obes y más tarde su Senador desde la poltrona ministerial. Y lo que digo de este distinguido ciudadano, á quien no hago un cargo por tal honor, alcanza á muchos otros. Si fuí sostenedor de aquella candidatura, como lo sería á repetirse la época de entonces, fué porque el país la pedía.

Numerosos nacionalistas contribuyeron á ello. El mismo fundador de *El País* fué uno de ellos, sin ser nacionalista. Y la República presenció un acto pocas veces visto: el gran banquete con que esta sociedad saludó esa promesa de regeneración, en el Teatro Solís. Si el gobernante electo respondió ó no, la historia lo dirá. Por ahora baste recordar que yo huí del país para no ser Ministro y que los que votaron contra el candidato fueron sus Ministros.

El recuerdo del suceso desgraciado del 11 de Octubre es otra salida de tono. Precisamente rememora uno de los actos simpáticos de mi vida. Me hallaba enfermo ese día. La prensa enmudeció en ese momento. No tuvo una palabra de protesta. Acató un ukase policial que le ordenó silencio. Yo fuí al Cementerio, enfermo como estaba, y allí, cuando nadie se atrevía á decir una palabra, yo, en alta voz, declaré: «en el recinto de la muerte tiene libertad el pensamiento hablado, ya que el escrito ha sido atacado; protesto contra el crimen realizado, pero deploro que ciudadanos de mi colectividad hayan ido á buscar alianza cuartelera con motineros que tienen el *pomo de su espada chorreando con la sangre de sus víctimas*». El Partido Nacional no debe buscar de esa manera la rei-

vindicación del derecho hollado! (1) El efecto causado fué hondo. Los ciudadanos me aplaudieron. Algunos me acompañaron, honrándome, hasta mi hogar, y no faltó quien creyera que se me reduciría á prisión. Y mis palabras fueron transmitidas á Londres y publicadas en los diarios de la City!

No menos curiosa es la referencia respecto á mi actitud cuando la pensión á la viuda del doctor don Andrés Lamas. Los nacionalistas de la Cámara me acompañaron á votarla, porque era un deber. Era la consecuencia de la que otros nacionalistas ya habían sancionado para la viuda del doctor don Manuel Herrera y Obes, copartícipe en los tratados del 51. Y también la votó el doctor don Carlos A. Berro! ¿Por qué, pues, si es bueno el doctor Berro para consejero político del joven redactor de *El País*, no lo serían los demás ciudadanos que lo imitaron? ¿Por qué toda la saña ha de reservarse para uno y no para todos? Por lo demás, los tratados del 51 son la obra exclusiva de nuestras desgracias, y la moral que de ellos se desprende, es que la única manera de salvar á este país se encuentra en la paz, en la concordia, en el acuerdo de las voluntades de sus hijos. Fuera de ahí, sólo hallaremos la revolución y la sangre. Y porque esas calamidades vienen á nuestra mente, á cada rato, es que la experiencia y la sensatez dicen: aconsejad á la juventud á que busque, no en las cuchillas sino en el estudio y en la práctica de la moderación, el triunfo de sus ideales, escuchando á la experiencia, que es la verdad hecha carne. Quiero juventud sensata, pero no juventud guerrera. Los tratados del 51, que to-

(1) Véanse páginas 307 á 320 dé *Mi año político*, tomo IV, correspondiente al año de 1891.

dos los buenos rechazamos, impuestos en una época desgraciada, enseñan lo que predicamos. Y porque todos los rechazamos, es porque todos los que meditan y piensan bien, quieren el Acuerdo, la concordia de la familia uruguaya.

Y, al contestar así, someramente, estos argumentos personales, que me distraen de mi propósito, por un momento, sin que su recuerdo me mortifique, doy las gracias al amable joven contrincante por haberme proporcionado la ocasión de recordarlos y explicarlos con la sencilla enumeración de los hechos. Me hacen bien, porque si eso es todo lo que sirve para desconocerme el derecho de opinar en política, ya ve que estoy en buena compañía con su ninfa Egeria y el Presidente del Directorio Nacionalista, que conmigo ha creído de su deber hacer lo mismo que este pobre mortal tan maltratado por el joven poeta. El vapuleo llegaría hasta él. Felizmente, muy pocos ó ningunos opinan como él. En las zarzas del camino han quedado las asperezas de carácter y sólo aparece la suavidad de lo humano.

Ya alcanzará todo el valor de esta frase el *viejo poeta* aunque no la comprenda ahora, en sus entusiasmos, el *joven poeta*. Ya aprenderá más adelante á respetar móviles e intenciones. No olvide que tiene á su lado, en su redacción, personas que siempre se han honrado *cediendo la derecha, en política*, al que esto escribe. Y si profundiza, verá que en su propia casa tiene quien hasta la defensa de su honor le ha confiado, pidiendo consejo, en un trance difícil de su vida, sin que el doctor Palomeque cultivara amistad con él.

Y, para terminar, ya que se ha creído conveniente trae al debate la opinión del doctor Pellegrini, el hombre argentino más enemigo de fantasías políticas, he aquí lo que

decía en una ocasión solemne: « Yo preguntaría, decía el doctor Pellegrini en 1878 en la Cámara de Diputados de la Nación, á los que vienen á sostener aquí el derecho de la revolución, ¿qué debe la patria argentina á la anarquía y á la revolución? Yo les preguntaría, ¿qué revolución, qué revuelta, qué pronunciamiento, ha fundado un orden regular de cosas, no en la República Argentina sino en toda la América del Sud? No sabrían nunca contestarme. Y, entretanto, puedo decirles: « lo que ha traído la revolución y la anarquía, es miseria, es llanto, es veinte años de la más ignominiosa tiranía. No se fundan sociedades sobre las revueltas y los pronunciamientos: las sociedades se fundan sobre el respeto á la autoridad, sobre el ejercicio honrado y serio de las libertades públicas ».

Y lo recuerdo porque detrás del *desacuerdo* veo el triste fantasma de la revuelta!

Asustarse de si mismo

La manera de ilustrar un asunto no es el de personalizarlo. Eso ya es disputa inútil. Lo digo, no porque temo la discusión de mis actos, sino porque á nada conduce, en el presente caso. Por otra parte, esa *tirria* es contraproducente. Observada como sistema de abatir cabezas, de esa mala escuela personal, llegará un día en que el manoseo de nuestros hombres públicos los habrá desconceptuado de tal manera, que el adversario, gozoso de que nosotros mismos nos destruyamos, concluya por preguntar: ¿Y dónde están vuestros prohombres, vuestras personas consulares, á quienes debemos dar crédito por el respeto que merecen de sus correligionarios? — En el cementerio, ó en la casa de Inválidos,— contestarían. Y entonces, ¿dónde está vuestro Partido si vosotros mismos habéis muerto y enterrado á vuestras personalidades? En nosotros, que somos la esperanza de la Patria.—Pero, vosotros sois unos bohemios, recién venidos ayer no más al Partido Nacional, y esto no basta para que seais sus lenguaraces, careciendo de las dotes necesarias para encarar problemas políticos reservados á la experiencia, se les dice.—; No importa! contestan: basta habernos hallado en las cuchillas, para tener bien despierto el sentido común. Cuanto más sablazos hemos dado, más criterio político hemos desarrollado. Hemos hecho las del diputado español que decía, en 1810, que el más patriota sería aquel que hubiera degollado más franceses.

Es necesario reaccionar contra ese sistema. Es malo, pésimo, sumamente inconveniente.

La juventud debe respetar para ser respetada á su vez. No debé ser ligera y frívola. La calumnia y los pequeños medios deben estar proscriptos de su acción política. Ha de meditar mucho para atreverse á manosear sus personalidades, á las que mañana forzosamente tendrá que recurrir, como sucede siempre en la vida pública. Cuando nadie la ofende ni la insulta no debe alterarse é insultar. El discrepar de opiniones no es un crimen, y el querer ofrecerle la experiencia, cuando se trata de lo que es de todos, es pretender realizar una acción que siempre se agradece.

Por lo demás, la mansedumbre del viejo es bueno que no se confunda con el miedo. Hasta cierto punto se toleran las audacias juveniles. Y si el límite se traspone, puede que el ojo por ojo y el diente por diente del Evangelio, se produzca, y la discusión razonada desaparezca para sucederle el pugilato inútil y personal que á nada conduce. Digo esto como consejo á los jóvenes poetas que amenizan la función con la orquesta ó sonata de pífanos y tambores, que tan bien manejan desde la cúspide de su tribuna periodística. Tómenlo como que emana de quien desea ver á la juventud marchando por el buen sendero indicado por nuestros padres.

Dicho esto, continúo mi interrumpida exposición sobre la zarandeadá cuestión del desacuerdo, á la que es necesario poner un punto final, á la altura á que se ha llegado del debate.

Ha quedado indiscutiblemente denostrado que esta situación política es la obra de una coalición, y que todos tienen interés en el punto que s'entibátte. Cómo obrá de una coalición política, no puede uno de los contratantes

separarse de ella, así no más, cuando se le antoje, sin trastornarlo todo. No es él el único interesado en la sociedad. Su deber consiste en hablar, discutir y resolver con los coaligados. Sería el caso de que uno de los socios, á lo mejor, se levantara con las ganancias y dijera: ya no hay comunidad de bienes: esto me pertenece. En una palabra, como se dice vulgarmente, se levantara con el santo y la limosna. Esto no sería noble, leal ni moral. Eso haría recordar aquellas renuncias *intempestivas*, hechas en perjuicio de la sociedad, que repugnan al legislador.

La coalición ha persistido de hecho y de derecho durante la actual Administración Pública. Como tal coalición se ha iniciado el período electoral. Nadie ha podido suponer que los trabajos de inscripción cívica los hiciera el socio para luchar contra su coasociado. Por el contrario, á cualquiera se le ocurre que lo que hacía el uno era en servicio y utilidad del otro. Para no comprenderlo así, para que no se tradujera en un hecho adverso lo que practicaba el compañero de causa, debió precederle una declaración franca y leal, sin recámara alguna, que dijera, más ó menos: Dispuesto como estoy á romper el vínculo de coalición política en que vivimos, declaro que desde hoy me separo de ella y que utilizaré mis propios elementos para adquirir para mí solo, para mi utilidad exclusiva, el poder político que ahora ejercemos los dos. Esto hubiera sido lo noble, lo leal, lo digno. Y esto hubiera sido lo consecuente con los antecedentes del Partido Nacional. La fe púnica nunca la ha proclamado ni practicado. A lo menos, nunca la proclaman los partidos políticos, porque no se gobiernan por medio de vivezas, de sorpresas, de agachadas, aguaitando al adversario, en la sombra, en las tinieblas y en el desierto, para ultimarlo en una trampa vilmente preparada.

Eso no hace el hombre honesto, generoso y de alma elevada y culta, porque sabe que los triunfos obtenidos por medio del fraude, del dolo, del engaño y de la mentira, son efímeros y transitorios; porque sabe que las únicas victorias que persisten en los anales de los pueblos, para su bien y el del progreso y de la civilización, son las obtenidas con el alma abierta á las grandes expansiones: porque sabe que la traición es la más infecunda y estéril de las acciones humanas.

Esta es una faz interesante de la cuestión, que bien merece meditarla. Los partidos políticos no son toldería de indios ni campamento de paisanos revolucionarios.

No viven con el aduar, de un punto á otro, sin dejar á veces rastro de su partida, á no ser los despojos reveladores de que sólo se siente una necesidad, por aquellos parajes y accidentias: la muy material de vivir, comer y pelear para matar y abatir á hermanos. Por el contrario, son núcleos de hombres, con carácter firme y permanente, que viven á la faz del mundo dando pruebas de amor y generosidad, dejando tras de sí la estela de sus nobles anhelos, reveladores de que es la idea humana, lo sensible del ser creado, lo que allí se agita, para dar vida á las demás criaturas que se mueven en el círculo de la humanidad. Y lo que los hace vivir grandes y respetados en las páginas de la historia es el culto de la idea madre, la de la dignidad, en que se distingue el hombre del irracional.

Los partidos que olvidan todo esto pasarán á la historia con la más fea de las notas humanas. Y es eso lo que yo no quiero para el Partido Nacional. No lo quiero suspicaz, embustero y traidor. Lo quiero sincero, verídico y noblemente resuelto.

Así es cómo yo lo he conocido y comprendido. Así es

cómo yo lo he amado desde mis primeros años. Y es por eso que le he dado todos mis cariños é intereses, todos mis desvelos y sacrificios. De otro modo no lo concibo ni lo quiero. No puedo contemplarlo como escuela de malicia, de suspicacia y de viveza. Y esto es lo que no quiere la juventud nacionalista. Y esto es lo que querría, en un momento de delirio, al avanzar con la bolsa de la sociedad política en el bolsillo, diciendo: Con el santo y la limosna!...

No: como otras veces, diré: prefiero que el Partido Nacional sea la víctima del engaño á representar él el papel odioso del que miente para vivaquear en la vida pública. La verdad y el honor son fuerzas poderosas en la vida. Hay que cuidarlas, porque por una vez, por una sola, que no las hayamos utilizado debidamente, ya el lustre empañado no se recupera. Es como la llave sangrienta del castillo de Barba Azul. Por más que se limpie, allí estará la mancha eternamente.

Lo que el Partido Nacional hará, porque así es de esperarlo por su honor é hidalguía, es lo mismo que haría cualquier caballero. Antes de romper nuestra sociedad, combinemos sinceramente las condiciones, en un momento oportuno, pero no *intempestivamente*. Las ganancias no pueden ser solamente para uno. Hay que distribuirlas previamente. Esto es lo que haría un caballero. Y esto es lo mismo que deben hacer los partidos políticos que aspiran á ennobecer la sociedad cuyos progresos persiguen. Una vez realizado, que el heraldo comunique al que fué amigo, que la lucha va á iniciarse.

Cuanto más se piensa y medita el punto, como se ve, mayor interés despierta, y más avanza el espíritu en el camino de la verdad y de la luz. Por eso creo, qué, haciendo á un lado las personalidades y procacidades que á

nada conducen, que yo no temo ni me inmútan, pero que no imitaré, conviene estudiar tranquilamente la cuestión. Eso es lo que me he propuesto, convencido de que así rindo un servicio á mi país y al Partido Nacional, sin preocuparme de los insultos groseros y palabras gruesas, porque esas me recuerdan las pedradas, que, arrojadas á la estatua de un hombre célebre, daban motivo para que él, que allí estaba, vivo y de cara alegre, dijera: *no me han herido*. Es que el hombre, á medida que marcha adquiriendo fuerzas, cosechando verdades, aprendiendo á *no asustarse* porque su conciencia se ha fortalecido, tiene muy presente lo que Alberdi recordaba citando á Jouffroy.

Éste decía, y con mucha razón, «que todo hombre que comprende bien su época tiene una misión patriótica que llenar; y consiste en hacerla comprender de los demás; en calmar así el país, como se ha calmado á sí mismo. Desde que se comprende bien las circunstancias del estado en que nos encontramos, *deja uno de asustarse*; cuando uno deja de asustarse piensa en sí mismo, se forma un plan de conducta, se trabaja, se vive: mas si creéis todas las mañanas que vais á naufragar, que estáis próximos á una catástrofe, os olvidáis de vosotros mismos, os abandonáis á la marea de las circunstancias; no hay paz, trabajo, reflexión, plan de conducta ni desarrollo de carácter; no sois sino una hoja arrastrada por el viento que sopla y pasa.»

Yo ya he aprendido á *no asustarme*. Por eso me he trazado el plan de mi conducta. Los que creen distraermie con sus ataques personales, olvidan que *el perro ladra y la caravana pasa*. La verdad y el honor triunfarán.

El desacuerdo electoral

EXAMEN DE CONCIENCIA

(1) Ya la calma ha desaparecido completamente. En el extertor de la derrota no sólo se arrojan quejidos y maldiciones, sino improperios. No saben lo que se hacen. Bueno es disculparlos y no imitarlos. De entre esas procacidades hay dos culminantes, que conviene destacarlas. Las rebatiré en seguida, haciendo un paréntesis á la exposición sobre la materia del desacuerdo electoral. Rebatidas, seguiré adelante.

Debo hacer presente que yo no me ocupo de contestar aquello de que yo soy un *loco*, por más que sé que sin un poco de locura nada grande se hace en el mundo, como dice Rughero-Bonghi. Este es un argumento muy viejo, que lo vengo oyendo desde mi niñez política. Otro tanto le decían al gran Sarmiento los mismos que después lo endiosarían. Y, sin embargo, el así maltratado tiene libros con dedicatorias muy elogiosas emanadas del poeta que ahora le insulta. Nunca se las pidió: el poeta las enviaba al ciudadano y al político que presentaba, hasta ha poco, como un modelo á imitar en la vida pública, según decían las dedicatorias de sus libros hermosos. Otro tanto dirá mañana. Y esas flores secas, por ahí andan. El poeta tiene

(1) Debo dejar constancia de que la palabra *bohemios* que ayer apareció en mi artículo, no me pertenece. Una mano extraña la puso.

talento, pero revelaría un fondo malo, á juzgársele por sus manifestaciones de polemista. En los labios conserva las palabras nobles, pero en los hechos dice lo contrario. No hay una relación directa entre sus hermosas ideas versificadas, y sus tristes procedimientos en la vida, de que es un ejemplo lo que está practicando en este instante. Olvida que debe respetar y no insultar, porque ese es el único medio de imponer la razón. Por ese camino nada conseguirá. Sus propios compañeros de causa empezarán á abandonarlo, porque ese procedimiento, lo que prueba es que el poeta no tiene ideas por más que tenga alas á lo Icaro para fantasear en el cielo de la imaginación, hasta que, derretidas, lo postren al suelo, para que mida la nada de las grandezas juveniles. No será sorprendente que ya alguno de su círculo le haya dicho: «Por el camino del insulto va mal usted: es necesario refrenarse: cante, si desea, las glorias de la Patria, que ese es su temple heroico: no es para todos la bota de potro: otra cosa, mi amigo, es con guitarra y acordeón: refrene el pingó, que va á coreovear y dar en tierra con su locuaz pellejo.» Esto ya habrá sucedido, porque no puede mirarse impasible el cuadro triste que presenta un joven, al insultar á quien se le debe respeto y consideración.

Ya he dicho que tengo sumo placer en discutir mis actos públicos, y aún privados, porque á eso obliga la situación política de un ciudadano. Tomen mi vida como quieran. Así dan ocasión al hombre público para explicar muchos hechos que la maledicencia tergiversa. Por eso el hombre político, á quien las costuras no le hacen llagas, provoca la ocasión para que ciertos sucesos se diluciden. Y esta es tina de ellas para mí, por lo que me felicito.

Una de las acciones más consecuentes de mi vida pública ha sido la de nunca tranzar con el caudillaje, como

se probó en la Convención de 1887. Reconozco que tiene raíces en el escenario político, pero nunca he creído que debiera dársele la dirección de la cosa pública. Cada uno debe ocupar su lugar. Yo no desconozco que puede ser un factor concurrente, dado el estado embrionario en que vivimos, pero no un elemento de dirección política exclusiva ante quien deban deponerse los destinos del partido. Nuestros caudillos lo comprenden y reconocen. Son los políticos sin méritos intrínsecos quienes los adulan y los pierden, porque sólo les hablan la mentira empleando la intriga. Así sucedió con don Timoteo Aparicio, á quien, creyéndolo omnipotente, lo entregaron al *candombe*. El caudillo vió al fin que era como cualquier mortal, y que sólo el camino de la rectitud es el que salva á los hombres. En el caso actual, felizmente parece que el buen sentido del general Saravia se impone y deja hacer lo que se deba hacer, sin mezclarse sino en lo que puede mezclarse cualquier correligionario á quien le interesa los destinos de su partido político.

He concebido al Partido Nacional, fundado por personalidades como Berro, Acevedo, Palomeque, Vázquez Sagastume, Vedia, Lavandeira, Belaustegui, etc., como una asociación de hombres libres rindiendo culto á las instituciones y consagrando respeto á los que saben destacarse por sus virtudes y sus talentos. En este sentido, siempre he protestado contra los que han supuesto que nuestra colectividad viva de los odios del pasado y que tenga otra denominación que la de *nacionalista*. He tenido el valor de combatir toda reacción en ese sentido. Y, cuando un buen día me encontré con que un núcleo de mis correligionarios, olvidando la hermosa tradición histórica, pretendían retrogradar hacia un pasado luctuoso, arrancándole al partido su verdadera denominación, la que personifica sus

mejores días de gloria, en el gobierno, con el señor Berro, y en la llanura, batallando por las libertades públicas, protesté contra semejante crimen, porque no puedo darle otro nombre, diciendo que esa no era mi colectividad política, y me retiré á mi hogar, á la espera de mejores días, confiando en que el buen sentido imperaría en algún momento supremo. Y así fué: terminada la Revolución, á la que serví como pude, una vez producida, porque sé acatar *los hechos*, después de haber defendido lo que yo he considerado lo bueno, para mi partido, mi domicilio se vió honrado por sus representantes militares y civiles, por esos caudillos que la habían servido en las cuchillas, como yo la había sustentado en la prensa exponiéndome á la ira del enemigo y contra la opinión de algunos amigos que creían que mi vida peligraba en Montevideo, durante la revolución, cuando escribía artículos en defensa de ella (1) Los hombres de acción sabían distinguir, como se ve. Y, al fin, en la Convención celebrada en 1898, vi triunfantes las sanas ideas por que se venía bregando, de tiempo atrás. Esa Convención, de acuerdo con la opinión manifestada por el señor don Eduardo Acevedo Díaz, después de iniciado por mí el debate, declaró, sin que una sola voz se levantara para protestar, en ese momento, que la colectividad no tenía otra denominación que la muy simpática de: *Partido Nacional*. Y, desde ese día, me encontré muy bien entre los hombres de pensamiento del partido á que siempre he pertenecido. No tengo para qué rememorar lo poco ó mucho que por él haya hecho, porque yo no llevo cuentas á mi madre ni tengo para qué alardear mis pocos ó ningunos servicios. Algunos habré hecho cuando dentro de él ocupo la posición que tengo sin haber ido á las cuchillas.

(1) Puede verse página 353 á 437 de *El año fecundo*, por Alberto Palomeque.

He sido uno de los ciudadanos que siempre se ha contentado con su suerte. Muchos han sido los honores que me ha discernido mi colectividad durante los 30 años que la sirvo activamente. Si después de la última revolución el Departamento de Cerro-Largo se acordó de mí, lo hizo espontáneamente. A mí mismo me sorprendió la elección, sabiéndose que yo *nunca fui revolucionario*, por más que, producido el hecho, lo acaté como consumado y lo serví dentro de mi pequeña esfera de acción, respetando así la ley de la mayoría. Yo no soy hombre de cuchillas. No sé lo que es descargar un arma sobre un enemigo político. Tengo un temperamento ardiente, pero éste no me lleva á la guerra. Puede que sea por cobardía, porque carezca del valor colectivo. Quizá aquí esté explicado el secreto de mi resistencia á todo movimiento revolucionario. Por consiguiente, si los cargos de representantes del pueblo debían darse á los que estuvieron en las cuchillas, ó en los bajíos algunos, y á mí me lo dieron, honrándome, los ciudadanos de Cerro-Largo, sin que yo lo pidiera, culpe el poeta á los malos electores de aquella zona de la República. Culpe á los votantes, entre los cuales puede que estuviera el propio general Saravia, vecino de aquel *pago*, sin cuya aquiescencia nada se ha hecho ni hacía. Yo, por mi parte, renuncié ese honor. El Partido insistió reiteradamente y acepté el puesto de sacrificio. No pude hacer más para demostrar mi desinterés, probado en muchas ocasiones. Yo no usurpé nada. Alguna virtualidad, pues, poseo, cuando así se han acordado de mí mis buenos compañeros de causa, á quienes, en más de una ocasión, he defendido con todo el calor de mi alma. Y precisamente á aquellos caudillos que más de cerca han actuado alrededor del general Saravia, á quien no conozco, sino por su nombradía. Ese puesto, en

el Parlamento, ahí lo tiene el joven poeta, si es que el partido que me lo dió me lo quita. En ese caso no dormiré intranquilo. Para mí es un sacrificio. Lo he renunciado no ha mucho tiempo. Es indudable que, á ocuparlo él, lo desempeñaría con más vuelo imaginativo que yo, aunque no con más ardor y contracción. Es de lamentarse que no esté en el Parlamento. Debió estarlo, pero la desgracia no lo quiso. Por lo demás, bueno es que recuerde mi noble joven contrincante que soy enemigo de usurpar derechos adquiridos y de meterme adonde no se me llame. Tengo esa buena condición.

También es bueno que sepa que los puestos de legisladores no son para los caudillos de cuchillas ó bajíos. En la Cámara no hay ninguno de cuchillas. Todos son de bajíos. Y en esto se ha revelado el buen criterio de esos caudillos contra quienes los azuzan queriendo explotar sus buenos sentimientos.

Dicho esto, paso á mis cominos.

El Acuerdo no enerva fibra cívica de ninguna especie, ni puede desalentar á ningún ciudadano. Los que así lo sostienen, parten de una base falsa. Ellos creen que el Acuerdo suprime la lucha. No es así. Son dos fuerzas que se coaligan para luchar contra quien se presente á combatirlas. Es la conveniencia política la que les lleva á ese terreno. Ese enemigo está ahí. Los sucesos recientes lo prueban. Cuando la lucha electoral pasada, el propio Directorio acuerdistra presenció este hecho. Hubo ciudadanos, de uno y otro partido, que no creyeron del caso respetar el Acuerdo. El Directorio declaró entonces que su misión se limitaba á recomendar á sus Comisiones departamentales el prohijamiento de la lista del Acuerdo, pero que los ciudadanos quedaban en libertad de votar como mejor les cuadrara. La propia reso-

lución de la Convención, pues, no tendría el carácter imperativo que se supone. Y hubo lucha en varios Departamentos. Es, pues, improcedente el argumento hecho. La adopción del Acuerdo no rompe la fibra cívica. No es más que un recurso para asegurar el triunfo de los que creen que, hoy por hoy, es indispensable aunar esfuerzos contra el enemigo que pueda presentarse en los comicios. La inscripción hecha se utilizará en el momento oportuno para bien del país y de los coaligados, sirviendo así esos esfuerzos del patriotismo.

Al terminar la tarea que me impuse, deseoso de contribuir, con mi grano de arena, á la dilucidación del problema, dejo constancia de que lo he hecho sin ira y sin amor, con la mayor imparcialidad posible. Si alguna palabra kiriente ha salido de los puntos de mi pluma, no ha sido con intención de ofender, sino quizá como quien repele un ataque injusto. No conservo rencor, y sólo si deseo que la Convención del Partido Nacional adopte la actitud que esta sociedad pide á grito herido, si es que ella cree que es de su competencia la resolución de ese punto. Así se hará digna del amor de todos, y una vez más, el Partido Nacional se habrá revelado consecuente con sus grandes aspiraciones. Estos son mis votos, inspirados en los anhelos generales.

En las cuchillas

El argumento de que sólo los hombres que han ido á las cuchillas tienen derecho á ocupar los puestos públicos y á hacer valer su opinión en los debates políticos, es conveniente estudiarlo y diluirlo, afrontando una vez por todas, con ánimo tranquilo, pero resuelto, tan curiosa como original exposición. Debo empezar por manifestar que de él no participan los caudillos, los verdaderos hombres de acción. En su recto buen sentido común saben valorar las cosas humanas y se dan su lugar, diciendo como el pintor al zapatero : *quisque peritus in arte sua.* Este latinazgo, traducido al castellano, para que lo comprendan nuestros hombres del pueblo y de las cuchillas, quiere decir : zapatero á tus zapatos. No son los caudillos, los de las cuchillas, quienes han sustentado y sustentan semejante doctrina. Ellos, desde su humilde hogar, donde tienen colgados sus utensilios de trabajo y de defensa en la guerra, no aspiran á desempeñar el ridículo papel de subir las gradas del Cabildo y tomar asiento en el Cuerpo Legislativo. Ya se vió un ejemplo de ello durante la dictadura de Latorre, y el espanto bastó para curar á otro zonzo. Eso fué una excepción. Nuestro paisano tiene muy buen sentido común para exponerse á un ridículo. Los que predicán aquello no saben, pues, lo que se pescan.

El argumento vulgar, indigno de un espíritu selecto, de que los que no han ido á las cuchillas han usurpado un puesto ajeno, se contesta por sí mismo. Cualquiera creerá,

al leerlo, que ha dependido de la simple voluntad del aspirante, el conseguir el asiento legislativo. En este sentido sería verídico aquello de *usurpar* lo ajeno, porque la violencia física ó moral la habría empleado el mismo interesado contra la intención del poseedor. Pero, en el caso actual, no ha sucedido así. El Partido Nacional se organizó después de la revolución. Sus Comisiones Directivas, en uso de su derecho autónomo, designaron libremente á sus candidatos. Con perfecto conocimiento de causa eligieron á sus hombres. Así lo comunicaron al Directorio, siendo proclamados y votados con entera y absoluta libertad. Entre ellos estuve yo, por el Departamento de Cerro-Largo, que *me la debía*. ¿Por qué? Porque cuando un Diputado, en cumplimiento de su deber, renuncia el cargo, como yo lo hice en 1895, por razones de alta moralidad política, no hace más que una apelación á ese mismo pueblo que lo eligió, para que él declare, por medio de una segunda elección, si está ó no satisfecho de la actitud asumida por su representante. Y eso fué lo que hizo Cerro-Largo conmigo después de la jornada revolucionaria, no obstante mis opiniones muy conocidas, como también muy conocidas mis actitudes levantadas y decididas en momentos difíciles para la colectividad. Aquellos hombres sabían distinguir y proceder.

Con el criterio curioso que se quiere poner en práctica, resultaría que los hombres políticos no tendrían acción posible, porque por lo general no son hombres de cuchillas. Por excepción van á la guerra, aún cuando la dirijan con sus ideas y corran todas las contingencias y eventualidades que fluyan de ella. Ellos luchan también en otro terreno. No hay derecho para exigirles que lo hagan todo; que á la vez sean autores y actores. No digo que no sea conveniente para ellos el serlo. Pero de no

serlo no debe hacerse un cargo. Es como si al caudillo se le hiciera el de no ser, á su vez, político y hombre de *letra menuda*. Si el uno tiene el valor de sustentar las instituciones en el campo de batalla derramando su sangre, el otro tiene el no menos importante de parir las ideas, luego cultivarlas, más tarde abrillantarlas, y, por último, hacerlas carne en el gobierno para bien de todos. Y en esa carrera, no de un día sino de años, en que se vive ignorado, maldecido, no comprendido, mordido en la fama por el último aventurero que se ha puesto la divisa del partido después de haber vivido en todos los fogones, sin ideales y con un excepticismo notorio ¡cuánta lucha! ¡cuánto dolor! ¡cuánta decepción! Y, para sostenerla, se ha necesitado algo más que el valor de un día, de un momento. No ha bastado como al guerrero iluminar los horizontes de su vida con relámpagos de gloria, surgidos, en un minuto, en un segundo, de entre el fondo de la muerte, de un campamento, de una acción sangrienta, bastante para que ante él se postren las multitudes y lo aclamen como al semidiós, salvador de la patria. Ese minuto, ese segundo, que brilla en Austerlitz para caer oscuro, opaco, negro en Waterloo, sin haber sembrado más que cadáveres, luto, desolación, llanto y sangre en su camino de exterminio. No quiere decir que no haya políticos maquiavélicos, traviesos, *viscos* de alma, que no siembran sino el mal en su carrera. No: los hay, y son muchos, desgraciadamente. Son los que más abundan. Y esos son los malos, los de espíritu frío, cadavérico, que matan toda vegetación do quiera vayan. Son ellos los que inutilizan los sanos propósitos de los caudillos. Son ellos los que halagan sus pasiones, haciéndoles ver que la época es de piedra todavía y que las instituciones se fundan sobre la muerte, arrancando á hachazos el alma de la patria para

sepultarla en lo íntimo de sus aspiraciones egoístas. Y así los cautivan y así los inutilizan para la obra del bien.

Y es esa política de odios la que combatí, la que he combatido y la que combatiré toda mi vida, mientras tenga alientos en mi alma. A ella he rendido culto durante toda mi existencia. Con ella he sufrido y por ella he sufrido en la adversidad. A ella, sin embargo, le debo los más hermosos triunfos de mi tarea política. Con la verdad por lema, nada he temido ni temo. A los caudillos los he respetado, pero nunca los he halagado. Y esta conducta es la digna, es la que conviene á las democracias, para levantar sobre la voluntad de los hombres el reinado imperecedero de la justicia. Y si esto es una demencia, una locura, ¡que lo sea! A lo menos en su nombre se han agigantado las ideas y hecho andar á la humanidad en el camino del progreso, que es el de la fraternidad universal.

La política del Acuerdo se impone y se impondrá siempre en el país, por más desacuerdos que vengan á trastornarla. Es ley de la historia que la vida es milicia. Nunca se hallará un pueblo gobernado por una sola idea. Es natural y conveniente que la discrepancia de opiniones se manifieste. Sólo así se concibe la vida de una República. Sólo las tiranías matan el pensamiento. Cuanto más se estudie este asunto y se discuta á su alrededor, mejor para el país. La luz se hará. Vengan polémicas cultas y levantadas (ese término *culto* es de cuño á lo Berro), *meetings* populares y conferencias calientes, que todo eso servirá para demostrar la bondad de la doctrina acuerdistा. Es así cómo los pueblos, por intermedio de sus *leaders*, revelan su fuerza prodigiosa. No es callándose, á la espera de las resoluciones inapelables de las autoridades, que se hacen andar las buenas ideas. En este sentido cuando Grouchy llegue, ya el Waterloo se ha

brá producido. Es necesario rogar á Dios, pero á la vez dar con el mazo. El concurso importante debé prestarse ahora, para que cuando la Convención se reuna se conozca bien la opinión de los hombres pensadores del partido. Es necesario que sepan que hombres como Eduardo Acevedo Díaz, Justino X. de Aréchaga, Aureliano Rodríguez Larreta, José Romeu, Rodolfo Fonseca, Félix Bujareo, Manuel Quintela, Antenor R. Pereira, Francisco Caravia, Luis Pastoriza, etc., etc., son partidarios convencidos de la política del Acuerdo, como una prueba irrecusable de que esa *unanimidad* desacuerdistica, tan mentada, es un mito, una utopía, que sólo existe en la calenturienta imaginación de ciertos jóvenes que hacen recordar el dicho aquel de: «Adiós, Madrid, que te quedas sin gente, porque yo me voy». Lo que sucede es que los hombres de edad madura huyen de la bulla. Por más bullangueros y batalladores que hayan sido, una vez en el Poder se hacen al puesto y les desagrada librar jornadas diarias. Se reservan para el conciliáculo, el *tête à tête*, mucho más eficaz que la polémica, según ese criterio de la edad. Olvidan, sin embargo, que no hay que despreciar esa fuerza que *mete bulla en la historia*. Hay que utilizarla, porque no puede estar desocupada. Es ardilla que hoy está aquí, mañana allá, según sea la fuerza magnética que la mueva ó agite en primer término. Por eso los pensadores deben apresurarse á encaminarla bien para impedir que de ella se apoderen los malos elementos é impongan una voluntad ficticia, que no es la de la razón y de la conveniencia. El fenómeno del delirio de las muchedumbres es un hecho indiscutible. Las turbas populares de la Revolución Francesa ahí están. Y lo curioso es que quien las arma, las halaga y las entusiasma lanzándolas á la pelea, luego no puede contenerlas, se vuelven contra él, arrastrándolo

en su carrera vertiginosa. Para que no suceda esto, deber es de los que piensan y meditan, venir á la prensa y dar á conocer sus opiniones. De otro modo es exponerse á un fracaso. La bulla y la gritería de un pequeño grupo puede tomarse como la única y verdadera manifestación de la opinión, y los espíritus timoratos ó indiferentes ó enemigos de luchar, seguir, sin quererlo, una corriente que lleva en sus entrañas un tormentoso mar de fondo, como dicen los marinos.

Es indiscutible que la obra humana no perdura si no está ahí permanentemente el esfuerzo físico, moral é intelectual, suministrándole los elementos de resistencia. Siempre habrá fuerzas contrarias que combatir. Las pasiones y los intereses tienen su doble juego y viven inquietos. Todos aspiran al mando ó al confort: los unos por altruismo, los otros por conveniencia. Quiere decir que se debe vivir despierto constantemente, porque siempre habrá que luchar para que se mantenga la obra. Siempre habrá desacuerdistas en el país. Y por eso habrá que combatir. Y si la idea del Acuerdo es vencida hoy, deber nuestro es persistir, porque la tradición buena es la de la confraternidad, desde 1851 en adelante. Quienes la echaron á perder, fueron los intransigentes, los que explotaban á los caudillos en sus sentimientos nobles y ardorosos. Así se han malogrado muchas cosas buenas, empapando en sangre á la República. El Acuerdo es una base necesaria para el actual gobernante. Él ha aceptado su candidatura presidencial contando con la alianza de los partidos políticos. Implícitamente está comprendido que esa alianza sólo puede romperse por obra de algún acontecimiento extraordinario. Rota, todo se trastornaría. Declarado que el Acuerdo desaparece, el ánimo se pregunta: ¿obligaría al partidario la declara-

ción que hiciera la Convención, ó puede prescindirse de ella sin menoscabar en nada las cualidades de miembro de la colectividad ? ¿la declaración, en los momentos actuales, es prenda de paz ó de guerra ? ¿en qué condiciones quedarían los miembros del partido político que deben sus asientos, en el Cuerpo Legislativo, al Acuerdo electoral ? ¿es de la competencia de la Convención el punto del Acuerdo ?

En el día de la Patria

HONRARLA, ACORDANDO

Se ha invocado el Pacto de Paz que puso término á la última guerra civil, para demostrar que no hay acuerdo político posible. Invocar una ley, es recordar una *obligación*. Cualquiera creería que en el Pacto hay alguna cláusula que dijera así: *están rechazadas todas las transacciones electorales entre los partidos políticos del país.* Sólo así se explicaría el recuerdo y la mención del Pacto de Paz. Y, como nada de esto existe, no se explica cómo ha podido traerse al debate semejante curioso argumento. Lo que el Pacto de Septiembre dice, es lo mismo que se dijo en 1851 y 1872. Aquí, como entonces, se ha dicho: se respetarán la Constitución y las leyes, y se apelará al pueblo, á la fuente de toda soberanía originaria, para constituir los Poderes públicos. Esto es lo único que se ha dicho, y lo único que podía dignamente decirse. Hubiera sido un absurdo que en el Pacto se dijera que no podrían nunca, los partidos políticos, celebrar acuerdos, ó que, por el contrario, sólo por medio de acuerdos podían emitir su voto en el momento de apelarse á la fuente de la soberanía nacional. Indiscutiblemente que el buen sentido dice que si alguna cláusula hubiera sido posible introducir, sobre ese tema, ninguna mejor que aquella que impusiera, *con carácter obligatorio*, á los partidos políticos, el principio del acuerdo para la resolución de todas sus cues-

tiones. ¡Ojalá hubiera sido procedente una declaración de esa naturaleza! El país necesita muchos Acuerdos. Es necesario no conocer el carácter levantisco que nos dió la naturaleza y olvidar las lecciones de la historia, para sostener que el desacuerdo es fuente fecunda de bienes. Sólo la unión nos dará la tranquilidad. El movimiento de las pasiones, en la forma que se lleva á cabo, es precursora de tormentas. A nadie puede ocurrírsele que esas reuniones políticas, por todo el país, sin que haya un asunto de interés general que las motive, puedan ser obra de paz. Ellas exaltan las pasiones de nuestros hombres, arrastrándolos por el camino de la revuelta. Les enseñan á abandonar sus tareas, su trabajo, paralizando inútilmente, y en su perjuicio, las rudas faenas de campo. Esas reuniones, esas agitaciones, se imponen cuando el ciudadano es llamado al comicio. Cuando no lo es, no debe tener otra preocupación que su taller, sin perjuicio de ilustrar su ánimo sobre los negocios generales, empleando otros recursos que el de la reunión pública, en medio del campo, para tratar de asuntos que interesan á otras zonas de la República.

Se explica que en Rivera, Treinta y Tres, Rocha, Flores, Tacuarembó y Río Negro se reunan los *vecinos inscriptos en esa localidad* y empleen todos los medios de la propaganda para alentar á sus correligionarios en la lucha comicial. Eso se explica y se comprende. Es el ejercicio de un derecho cívico, de los allí inscriptos, que nunca debe abandonar el ciudadano. Pero, conducir elementos de todo el país, para acumularlos en un punto dado, sólo puede hacerse con el propósito de exaltar pasiones, para luego arrojarlas al incendio de la guerra civil. Los que digan lo contrario, no saben entonces lo que es el corazón humano, ni conocen el carácter de este pueblo, al

hacer ostentación de fuerzas de tal naturaleza. Es necesario impedir que la chispa produzca el incendio. Y ese deber el que llenamos los ciudadanos que predicamos el acuerdo de los partidos políticos. No invocamos leyes ni Constitución ni Pacto alguno. No los hay, al respecto, porque no puede haberlos. Sería ridículo que los hubiera, escritos, cuando están grabados en el fondo del corazón humano. Lo único que hay es la declaración consagrada del *derecho* á manifestar la voluntad popular. La *forma* de manifestarla, nadie la ha indicado. Puede revestir un sinnúmero de fases. Puede ser revelada por medio del voto directo de cada uno de los partidos, llegados á la urna por opuestos senderos, con sus hombres y sus estandartes, dispuestos á *vender caras sus vidas*, como si estuvieran en las cuchillas derramando la sangre de los hermanos; ó puede ser revelada por medio de una ley, que, suprimiendo el ardor de la lucha, dé á las minorías su representación legítima, como acaba de recordarlo perfectamente el doctor don Juan Zorrilla de San Martín en el diario *El Bien*; ó puede ser revelada por medio de un arreglo directo entre las colectividades, representadas por sus elementos dirigentes.

Y esto, que no ha podido decir ningún Pacto, porque proclamar el *principio* del sufragio popular no importa rechazar la *forma* que ha de emplearse, para hacerlo práctico en la vida política, es lo que conviene discutirse ampliamente. Nadie niega que debamos recurrir al comicio para constituir los poderes de carácter electivo. Nadie lo niega. Esto es indiscutible. En lo que discrepamos es en la *forma* de manifestar esa opinión de los partidos: si ha de ser por medio de una alianza, de una coalición de fuerzas populares, ó por medio de una verdadera jornada, de una batalla que separe á los que hasta hoy han marchado unidos.

Los del desacuerdo, pues, se habrán convencido de que es improcedente el argumento del Pacto, porque la cuestión es otra completamente distinta, que en nada afecta la dignidad cívica ni la moral política. Acordar no es deprimir: es enaltecer las almas: es demostrarles que el ser racional no necesita embravecer sus pasiones para triunfar sobre los demás seres: es convencerse de que dos fuerzas reunidas tienen más eficacia que una aislada: es revelar que el único camino de salvación que nos resta es ese si no queremos ser el juguete del azar ó de los sentimientos más extraviados de una sociedad en decadencia.

Ya la Patria no es posible concebirla como un aduar. Tiene fijeza y permanencia. Si en los albores del siglo XIX, le pedimos sangre y exterminio, batallas carníferas y músculo de acero para blandir la lanza y la espada á nuestros caudillos, á nuestros gauchos; hoy, al finalizarlo, como decía el orador eximio de esta República, en la fiesta del 25 de Agosto, no le pidamos, en recompensa de tanta hazaña, sino el fruto del trabajo y de la industria, proporcionándole la Paz, la Fraternidad, el acuerdo de todas las voluntades sinceras y fraternales.

Se dice: en el día de la Patria, en el aniversario de la Independencia, no deben celebrarse fiestas políticas: no deben congregarse los buenos corregigionarios para revelar al mundo entero que la República, la gente obrera, la que pide á la tierra el fruto fecundante del sudor con que la riega, ahí está unida, gritando desde el fondo de su alma: ¡Paz y Trabajo! sintetizados en el Acuerdo de los Partidos.

Error, profundo error! Y para demostrar la ninguna seriedad, por no decir la ninguna sinceridad, de semejante argumento, ahí está la reunión del Quequay, organizada

por los mismos que tal sofisma exponen. Ellos, en el día grande de la Patria, en el 25 DE AGOSTO, que, sin embargo, no querían deslustrar con reuniones políticas, levantan su voz, en medio de la pradera, para sembrar en el corazón sencillo y sano de nuestros hombres de campo, la semilla infecunda del desacuerdo, de la no fraternidad de la familia uruguaya.

Así, falseando su propia argumentación, reveladora del tortuoso camino que se adopta, quieren encaminar á nuestros amigos de causa por el sendero de la revuelta, desnaturalizando las nobles tradiciones del Partido Nacional, que no son otras que las de la armonía y de la unión. No es eso lo que nos enseñaron nuestros padres. Para ellos sería más grata la plegaria del *Acuerdo*, en ese día hermoso, que la del recuerdo de nuestras guerras fraticidas. Sus manos sólo piden brazos y pechos que se estrechen, con la oliva de la Paz, y no músculos que se sacudan y gargantas, que, afónicas, de tanto arrancar palabras sonoras y melosas, llevan envueltas en su perfume la espina del dolor, el áspid de la guerra fraticida.

La noble causa del Acuerdo hay que defenderla. Como Pedro alguien habrá podido negar á Cristo. No importa ! La hora de la reflexión vendrá, y los que hemos combatido, y triunfado, porque nadie puede dudar del éxito, desde que las ideas sanas al fin se imponen, encontraremos bien compensadas las horas que hemos dedicado á la tarea de defender lo que interesa al porvenir de la República.

He cumplido con mi deber. Toca ahora á esa juventud nacionalista, siempre noble y altaiva, decir su última palabra. De ella depende la paz ó la guerra, que sea posible la administración del gobernante que elevamos al Poder, y á quien no podemos abandonar cuando se nos antoje, desde que él ha contado con nuestro concurso para la obra en

que estamos interesados, y que á todos nos levantará. La responsabilidad es inmensa. Si se da cuenta de ella sentirá vacilaciones al acometerla. Es un problema vital que sólo se reserva para los hombres avezados á la vida pública.

El Directorio, ni siquiera ha querido celebrar reuniones con el enemigo aliado, que lo ha invitado á tratar la cuestión, de potencia á potencia. Se ha inhabilitado para exponer á la Convención antecedentes indispensables á fin de resolver el punto en cuestión. Esto no lo ha debido hacer, juiciosamente pensando. Ahora quiere arrojar el peso de esa responsabilidad sobre una asamblea colectiva. Meditarlo, por parte de ésta, es un deber impuesto por el patriotismo. La juventud no debe dejarse llevar de impacencias ni de sentimentalismos. Debe dar una prueba elocuente de que la juventud es *vieja* y que las euchillas le han madurado el juicio, inspirada en los sentimientos altruistas de su partido y de sus nobles caudillos. Para vivir en las páginas de la historia ha de revelarse grande el espíritu del ciudadano. Y sirviendo, de esa manera, á las ideas, se enaltece el nombre del Partido Nacional, haciéndolo cada vez más simpático en las capas de nuestra sociedad. Tres senaturías no valen una gota de sangre ni el desacuerdo tratándose de un gobernante que nos honra. Ya vendrá la lucha grande, la presidencial de 1901, y entonces el país tendrá ocasión de sacudirse y moverse, de un confín al otro, para revelar sus aspiraciones. Y entonces, venga la lucha comicial, la lucha grande, la que agita los espíritus, la que dirá á quién corresponde el verdadero bastón de mando de la República. El Acuerdo ahora es lucha benéfica. El desacuerdo, guerra y llanto.

¡Dios inspire á los nobles adalides de la Convención Nacionalista!

Un nuevo adalid

La polémica ha sido fecunda, pues el Partido Nacional tiene, por obra de ella, un nuevo elemento de progreso en sus filas. Y conviene que elementos como él ingresen al Partido, cuando tantos malos se introducen sin siquiera producir una información de *vitam et móribus*, muy necesaria. El señor don Carlos K. Mac'Coll, un espíritu altruista, corazón generoso, emprendedor y capaz, ha ingresado á la colectividad. Y lo hace, convencido, de una manera espontánea, después de sus muchos servicios secretos prestados á dicha colectividad. No todos pueden ostentar sus blasones. Es un espíritu modesto, carácter moderador y templado para la tarea política. No tenía necesidad de recordar el último servicio prestado á la causa nacionalista, con motivo de la revolución. Tiene otros, tan importantes, ó más, que ese. Por lo demás, él tiene razón. Yo conozco sus secretos, como él los míos. Por eso, ya que habló de aquella Comisión de Señoras que reunió fondos para la revolución, pudo decir algo más. Olvidó una parte del secreto que hacía público. Ya que creyó conveniente decir que yo no era revolucionario, *en ese momento*, para unirlo á los trabajos de esa Comisión, pudo y debió recordar que algo que muy de cerca me tocaba (mi señora esposa) formaba parte de ella, á quien se la quiso honrar con la presidencia; que yo tuve el honor de defender á esa Comisión de los ataques que le di-

rigía el diario *La Nación*; (1) que contribuía con mi consejo á sus deliberaciones, y que entre esa Comisión y yo hubo un cambio de notas respecto á cierta determinación muy honrosa para esas damas, como también para mí. Bueno es decir esto ya que se dijo aquello. Es necesario recordar todo esto, por más violento que lo sea, ya que se ha traído al debate ese punto, con un propósito maquiavélico.

Y digo así, porque lo que se ha querido ¡oh pretensión ridícula! es desautorizarme, presentándome como *enemigo de mi Partido Nacional*, para que mi palabra no influya en las deliberaciones de la Convención.

Se quiere desconocer la influencia legítima de un hombre honesto y de sacrificios, por los que recién ayer no más han venido al Partido á utilizar los esfuerzos de los que les han precedido en la jornada.

La actitud de mi viejo amigo Mac'Coll se imponía. Él no podía continuar de esa manera. Tenía que definirse. El incidente que debía decidirlo se ha producido. Lo que el sentimiento amistoso no había conseguido hasta ahora, lo ha obtenido la fuerza natural de las cosas humanas. Ahí está, al fin, dentro de ese aro de fierro de la colectividad. Ya no podrá, como antes, campear por sus respectos. Dentro del círculo en que actuará, oirá reflexiones muy diversas á las que hasta ahora ha escuchado. Él es simplemente un *nacionalista* de verdadero cuño. Se ha creado en una escuela altruista. Mucho sufrirá dentro del círculo en que va á agitarse. Estoy seguro que no se encontrará bien. Sin embargo, tiene la ductilidad de carácter necesaria para la vida política que va á emprender, en la que encontrará muchas dificultades, que él salvará

(1) Véase página 421 de *El año fecundo*, por Alberto Palomeque.

con su buen criterio. Él es el *alma mater* del diario *El País*. Como una prueba de esa ductilidad de carácter, ahí están los insultos proferidos en su diario, *al viejo amigo*, que él aumenta con el *retintín* contenido en sus cuatro líneas. Ya ha principiado á sufrir la influencia del círculo, y á aprender á herir y ofender. En su holocausto, ha sacrificado la *vieja amistad* invocada, y á la que yo he rendido, rindo y rendiré culto todavía.

Lo único que no debe olvidar es que así no se hacen las reputaciones sólidas dé un diario, desde que para levantarse se pone á contribución el buen nombre del *viejo amigo*. Es algo que no se concibe. Y si hablo así, es porque respecto del señor Mac'Coll no puedo ser insensible. Mi amistad sincera y franca para con él, hace sufrir. Si se tratara de un extraño, de un poeta, podría guardar la calma. Con él, es distinto. Me ha herido, por lo mismo que lo quiero. Por eso, respira sangre y dolor la herida quizá inconscientemente inferida. Al indiferente se le desprecia. Al amigo se le llora.

Lo innoble del proceder del señor don Carlos K. Mac' Coll consiste en lo que pasó á exponer. Él ha tratado de explotar en mi contra algo que puede permitírsele á quien no es amigo íntimo, llevado de ambiciones prematuras é impaciencias juveniles. Ese algo es mi *criterio antirrevolucionario*. Y lo ha vinculado en su carta á un incidente de su vida y de mi vida, por lo que no ha podido olvidarlo. Yo he tenido, y tengo, mi *criterio antirrevolucionario*, porque creo que con revoluciones nada se consigue: pero *yo no he combatido concretamente la revolución encabezada por Diego Lamas y Aparicio Saravia*. A mí no se me consultó al respecto, como no se me ha visto para otras muchas cosas que se vienen produciendo, y que Dios sabe cómo saldrán. Producida la revolución, desde

mi hogar la serví como pude. En recompensa, y no obstante mi *criterio*, recibí la bandera que la revolución tembló en su primera etapa, que luego regalé, en acto público, al Club «General Aparicio Saravia». Y esa Sociedad de señoritas, que recuerda el señor Mac'Coll, tuvo mi ayuda y mi consulta. Mi óbolo pecuniario también fué allí. Fué pobre, pobrísimo. Y ya que de ella se habla, bueno es recordar cómo se destacó entonces la simpática y bella señorita Margarita Trimble en la tarea de recolectar fondos. El señor Mac'Coll recordará que yo decía á esas distinguidas damas: me sucede lo que al diputado de la cabaña del Tío Tom, que dictaba leyes á favor de la esclavatura, pero defendía y protegía á los esclavos que se refugiaban en su hogar, exponiendo su vida á intereses. En teoría era antirrevolucionario, y ahí estaba dando mi ayuda á esos trabajos. Todo esto lo sabe el señor Mac'Coll, y mucho más; como yo sé también que él nunca ha querido ser *nacionalista*, sino un espíritu altruista, amigo del maestro. Ahora lo que el amor no pudo lo ha conseguido el odio de un círculo *enemigo*. Pero, no hay que olvidar que eso es una conquista mía. ¡Dios quiera que sepa predicar con el ejemplo lo que de mis labios ha escuchado y en mis actitudes visto el buen discípulo! Como maestro me permite recordarle que yo nunca he dado lecciones sino de altruismo y generosidad, como él lo reconoce. Y es eso lo que deseo que ponga en práctica para que mis ideas vayan marchando. Siento que adopte el camino del mal y del error. Y lo siento mucho más, porque eso no es lo que ha visto á mi alrededor. Mi escuela es la de la verdad, la de la abertura del alma, la de la sinceridad, la del sacrificio, la del silencio, á veces, aunque me perjudique. Esto es lo que he enseñado á mis discípulos. Yo nunca les he enseñado á

reirse de los sentimientos del hermano, ni á caricaturizarlos, sino á levantarlos hacia el ideal. Soy humano, no quiero humillar. Deseo que se destaque lo noble de la personalidad humana. Y en esto desconozco al señor Mac'Coll. Conviene que reconozca el error ó la maldad, que ha cometido. Yo no he combatido la revolución. Mi casa era, por el contrario, como todo el mundo lo sabe, un centro revolucionario. No entró á ciertos defallos, porque ni serio lo considero. Bien que lo sabe el señor Mac'Coll, *mejor que nadie*. Hasta en las fiestas íntimas, que sus hermosas y cariñosas hijas realizaban, en unión de los míos, para sorprenderme en el aniversario de mi natalicio, brillaba el sentimiento revolucionario; no faltando quien, con criterio estrecho, criticara esas fiestas del hogar, obra de buenas almas, de sus propias hijas, de esas angelicales criaturas que Dios le ha dado para su orgullo y consuelo, como una prueba de que no se amaba el ideal que unos perseguían peleando en las cuchillas y otros luchando en la prensa y por medio de la propaganda.

El diario *El País* fué fundado por el señor Mac'Coll y el doctor don Carlos A. Berro no obstante el desmentido de este último. Mucho me he sonreído al leerlo. Me acordaba de los arúspices romanos, que se reían del pueblo, ignorante de lo que ellos hacían entre bastidores. ¡Conque el doctor Berro no tiene nada que ver con *El País*, diario culto! ¡Cómo se habrá reido el señor Mac'Coll al leerlo! Lo mismo que yo, que conozco *sus secretos*, como él lo dice, desde 1886! Seguramente que él se habrá dicho: esta es otra escuela que la de mi maestro: éste se hubiera defendido: no habría negado á Cristo: habría sostenido sus opiniones y dicho la verdad; no habría recurrido á un subterfugio, porque la verdad es la única bandera salvadora, á la larga, en las diversas y múltiples

manifestaciones de la vida humana. El amigo Mac'Coll no diera olvidar que lo que ha hecho en su carta es *surprender* la verdad, y que el dicho legal y usual de que la supresión de la verdad es igual á la mentira, puede que haya necesidad de aplicárselo algún día si no se apercibe del mal camino que emprende. Bueno es reaccionar. No olvide que *prosperity gains friends and adversity tries them* y que las amistades improvisadas son siempre caducas. Debe tener muy presente que sólo las causas morales son las que *definitivamente* triunfan, aunque puedan ser vencidas, aparentemente, por un sarcasmo de la suerte.—El Acuerdo se impondrá, aunque se haya fundado un diario para sostener lo contrario. El doctor don Carlos A. Berro no puede ignorarlo. Él ha servido esa sana doctrina desde el gobierno del general don Máximo Tajes, con don Juan José de Herrera á la cabeza. Eso es lo que nos han enseñado y eso es lo bueno que hemos aprendido. Sólo así se formarán hombres de gobierno. Fuera de ahí, sólo surgirán caudillos que pretenderán imponer su omnímoda voluntad para descrédito del país y de las instituciones, explotados por los que se llaman políticos *hábiles* y prácticos. Si en el caso actual no ha sucedido así con el general Saravia, lo que es una excepción, para bien del país y gloria del caudillo que lo cuenta en el seno del Partido Nacional, es porque su buen sentido, según hasta mí llegan las noticias, se está salvando de las intrigas que á su alrededor se forman.

¡Dios quiera que así continúe! Sólo así podrá servir para su gloria y para honor de la República. Por el contrario, si se envanece, y se deja arrastrar por quienes pretendan explotar la influencia que los sucesos le han dado, recuerde el ejemplo del general don Timoteo Aparicio. Podrá ir al *candombe*, pero no á la inmortalidad. Y es de

esta única manera que deben hablar los hombres que quieren á su Patria, á su Partido y á sus caudillos. Deben decir lo que sienten y lo que piensan. Hablar la verdad, con sinceridad, sin herir ni ofender, para que esos caudillos estudien y mediten, estableciendo la diferencia entre unos y otros hombres políticos. No debemos despreciarlos ni endiosarlos. Si son una fuerza, hija de los sucesos, debemos utilizarla, pero no extraviarla. Y esos caudillos, que tienen mucho que perder con la guerra, porque ellos también conservan *su corazoncito*, comprenden mejor que otros, que la guerra es desastre, ruina y miseria, ya que no prostitución de los hogares, y que en el Acuerdo de la familia uruguaya está la salvación de la Patria. No han de ir al *desacuerdo* ni á la guerra por *unas senaturias*. Dejarán que el acuerdo se produzca, antes que sacudir los espíritus. Ellos saben lo que importa alzar la polvareda. Saben más: que *unas senaturias* no serían bandera revolucionaria. El país no los acompañaría en esa obra de destrucción, y las simpatías que el Partido Nacional ha despertado durante la lucha que ha venido sosteniendo desde la llanura, por obra de hombres como Vedia, Lavandeira, Belaustegui y otros, ensanchando el círculo de sus afiliados hasta traer á su seno, aún á los hijos de los adversarios, con todos sus apellidos históricos, como sucede con el de Mac'Coll, se hundirían en el polvo de la nada. Han sido la idea y sus hombres honestos, sirviéndola, quienes han engrandecido las páginas del partido político. Fuera de ahí sólo hallaremos el retroceso. La sociedad no nos acompañaría. Ese elemento conservador de la sociedad, que se ha vinculado al Partido Nacional, sólo lo conservaremos y atraeremos predicando la paz. Tenemos que contemplar esa fuerza importante. Ella es decisiva también: No hay que olvidarlo. Si el caudillo tiene su

músculo y el político sus ideas, el capital tiene su fuerza, sin la cual no pueden andar los partidos que olviden que las sociedades se mueven, en la época moderna, por una gran potencia económica y comercial que expande las industrias y las riquezas. Seamos consecuentes con nuestras tradiciones, y no lo olvidemos, para arrojarlas, en un minuto de extravío, impaciencia, sentimentalismo ó entusiasmo, á la hoguera que lo consumiría y nos arrastraría á todos al precipicio !

Del paisano hablador

Señor don Alberto Palomeque.

Mi estimado doctor:

He visto en *El Día* su entrada varonil en la liza de la discusión pública sobre el tema de mi carta primera, y la investigación que usted ha emprendido para conocer la ubicación departamental de este pobre paisano.

Está en un error, y se lo digo sinceramente, al suponer á su amigo incógnito, residiendo en otro punto del país que no sea el que dió en su misiva.

Es posible que el paisano que suscribe estas líneas viaje con alguna frecuencia, y en esos viajes tenga ocasión de permanecer brevemente en Montevideo, pero sus taperas están fijadas en la zona del Departamento de Flores.

Ha hecho usted bien en salir á la palestra con las armas nobles del razonamiento político clavadas en su escudo de paladín, precisamente porque nadie se considera habilitado para tratar las cuestiones del Acuerdo de los partidos, dentro del marco de las dos grandes comunidades militantes.

Es verdad incontrovertible, que el problema de Noviembre próximo, tiene preocupado de una manera intensa el espíritu nacional; es verdad asimismo que todos los habitantes de esa capital y con mayor razón los de campaña, se consultan á media voz en cada entreacto de la

vida de trabajo, sobre lo que resultará del *acuerdo* de los hombres dirigentes.

Realmente no habría razón para la sentada fenomenal que está pegando el país á la espera de soluciones; pero así es la índole de nuestro medio y no hay más remedio que someterse á lo que él establece.

Las bancas disputadas entre colorados y nacionalistas, no es lo fundamental en el movimiento cívico que se perfila; pero sí puede llegar á serlo el avance de cada partido á tomar su sitio de lucha en la línea de guerrillas.

Las pasiones bravías tienen arraigo grande en el pueblo, y cuando se calienta el horno mucho, no se sabe si será para hacer pan ó templar aceros, y acaso lo último tenga mayor probabilidad que lo primero.

Los partidarios de la tesis del desacuerdo político, en su vehemencia democrática, aspiran á dominar el escenario haciendo rodar por calles y plazas el tren de artillería de su generosidad y valor cívico en consorcio poético.

Convengamos en que nadie les cierra el camino para que circule y conquiste adeptos su propaganda; pero es justo que tampoco ellos cierren el paso á las ideas contrapuestas negándoles valimiento, y lo que es peor, suponiéndolas inspiradas por el miedo del sacrificio personal, respecto de quienes las sustentan y proclaman.

El medir los intereses públicos con diferente unidad lineal, es propio de todos los pueblos y asociaciones humanas, porque al fin la ciencia política tiene su escalón de gradaciones y no hay una verdad distinta que pueda aplicarse sin meditación y cálculo previo á todos los lugares elegidos para morada y desarrollo de la especie.

La asamblea de la Florida acogerá en su seno elementos ciudadanos de los diversos Departamentos del país, y es necesario que cada uno de ellos comprenda el alcance

del rol asignado, ó mejor dicho de la misión conferida, porque se trata de un acto solemne de responsabilidad pública y á propósito del cual debe hacerse criterio de razón y no de impresión, dado que esto último implicaría tanto como resignar la opinión individual en provecho de quien ó quienes llevan á las asambleas políticas un plan delineado, y estudiado, que yo denominaría «efectismo de votación.»

Yo he visto muchas cosas raras en mi tierra, muchas exageraciones de apreciación y muchas destemplanzas fuera de quicio que han pasado como si estuvieran dentro reforzadas por el alarido de un par de pulmones pléritos de sangre.

Tengo también por averiguado, que muchos sujetos, gimnastas avezados de trapecio y balancín, á objeto de restaurar reputaciones de avería gruesa, se suelen erigir en actitud digitigrada, llegada la ocasión propicia, empuñando el látigo de cualquier carretillero para hacer polvareda revolucionaria de trilla en el tumulto. ¡Qué diablos! ¡la prenda de hojalatería es artículo noble en los pueblos latinos!

Hay personas — perfectamente juiciosas bajo otro concepto, — que sostienen, reflejando una violencia temporal atmosférica en todo su horizonte facial, que desde el 97 hasta la fecha no hemos progresado nada en materia de gobierno civil, fundándose en que el empleado H vive todavía en concubinato en lugar de tomar estado; y en que el militar X carga la misma espada y presillas que usó en tiempo del difunto Presidente Borda.

Y se enojan cuando dicen estas simplezas, revolviendo los ojos y apretando las mandíbulas y poniendo en conflicto la hebilla del pantalón, y se echarían de buena gana tierra sobre el lomo imitando á cualquier becerro de

ganadería brava, si tuvieran pesuñas para herir la tierra
y aventar sus partículas por el aire con la hierba de la
pradera.

Y vea usted lo qué son las cosas de este pícaro mundo :
la mayor parte de ellos son mansos como cordero guacho
en casa de chiquilines.

Perdone, doctor, si no prosigo como sería mi deseo, y
disculpe, porque ando con la valija á cuestas en pago extraño y sin el tiempo necesario para poner plomada á
mis pensamientos.

Suyo afectísimo

Un paisano hablador.

En tránsito, Agosto 14 de 1900.

La vida privada

« La vida privada no debe estar amurallada respecto de los constituidos en autoridad ni de los que aspiran á ella. Sólo en las épocas de decadencia política, y cuando la conciencia cívica pierde su robustez, se procede como si hubiera una moral para la vida privada y otra para la vida pública. Sólo en épocas depravadas puede alguien tener el cinismo de aconsejar á un pueblo que entregue sus destinos en manos de hombres á quienes nada fiaría en las relaciones privadas. Los hombres no se parten en dos. La regla moral de las acciones es una, en la vida privada y en la vida pública. El que es infidente en el orden de las relaciones privadas, será infidente en todas las regiones de su actividad. El que degrada su hogar y envilece la sangre de sus hijos, degradará la honra del pueblo que le entregue, mal aconsejado, su suerte. La vida privada no debe estar amurallada ni para los que gobiernan, ni para los que aspiran á gobernar. »

Esto decía el señor don José Manuel Estrada en su libro sobre Derecho Constitucional. Y decía bien, muy bien. Los que quieran gobernar la sociedad deben predicar con el ejemplo, porque sólo así se hacen andar las buenas ideas. Por eso la primera condición del orador es la de su honestidad de bien. El auditorio no escucha con respeto sino al honesto y al sincero. En este sentido es óptima la práctica inglesa y norteamericana. No puede ser conductor de un rebaño político el que es malo en sus relaciones privadas.

Por eso allá, en esos países, se escudriña la vida íntima. Por eso se averigua si el hombre político ha violado la fe de la amistad, introduciéndose en el hogar, para profanarlo indignamente. Y todo esto, así averiguado, expuesto y discutido, es lo que da derecho al respeto social y político. Es ello lo que constituye la base y fundamento de la reputación de un hombre público. Y ello, porque es indiscutible que pondrá en las cosas de gobierno las mismas facultades que en las suyas propias. No hay, pues, para qué dividir al hombre en dos morales. Este es un error de mis contrincantes. Y hasta conviene aquella doctrina, porque así, los que desde jóvenes se dediquen á la vida pública, tendrán interés en levantar la moral, demostrando cuán vinculadas están la moral y la política. En Inglaterra el político desarreglado, que lleva vida disipada, que seduce á la esposa del amigo, cae en el desprecio y muere, como Parnell, moralmente suicidado.

No participo, pues, de la doctrina de los caballeros de *El País*. No creo que pueda dividirse mi personalidad en pública y privada. Esa es una falsa doctrina. Si yo soy buen jefe de familia, no puedo ser nada distinto como ciudadano. Doquiera yaya llevaré conmigo mis penates, mis buenas cualidades. Y estas son y serán las que influirán para hacerme acreedor al respeto y consideración de mis compatriotas. Cuando á mí se me ve para que defienda á mis amigos políticos, no se busca en mí á ningún hombre privado sino al hombre público honesto. De nada valdría mi palabra si yo no fuera honrado y sincero. Este es el capital importante, que no debe descuidarse ni gastarse en la lucha de los *medios pequeños*. Hay que convencerse de que esa división no cuadra á un pueblo democrático. Cuando yo voy á los Jurados no procedo sino políticamente. Y al hombre á quien se le confía el honor

político de una colectividad, para que lo defienda ante el Tribunal del Pueblo, no tiene adquirido el derecho á ser oído en las cuestiones que interesan á todos los asociados! Y esto, porque como hombre privado es muy bueno, pero no como hombre político. ¡Qué ridículo argumento!

No menos injusto es aquel argumento de que los doctores, los hombres de la capital, aspiran á usurpar las posiciones que corresponden á los hombres de las cuchillas. Hay en esto una injusticia mayúscula. Nadie ha quitado á otro lo que le perteneciera. Ahí están los hechos demostrándolo elocuentemente. En nombre de la autonomía departamental, que defendí desde 1880, en el Departamento de la Colonia, cada Comisión Directiva ha nombrado sus representantes al Cuerpo Legislativo. Un sentimiento localista ha inspirado sus actos. Todos los Departamentos han enviado á *sus vecinos*. Son contadas las excepciones. Por su parte, el Departamento de Cerro-Largo, consecuente con su manera de proceder, no imitó ese sentimiento localista. Comprendiendo que el interés general encarnado en la Representación Nacional prima sobre el sentimiento de la comuna, se ha reservado sus hombres para sí, y ha enviado siempre á los que ha creído que llenan mejor esa misión política. Yo he sido honrado, varias veces, con esa representación. Y el significado de esa función política á nadie escapa. Es bueno recordar el ejemplo dado por ese Departamento, al cual, en medio á mi pobreza, ni siquiera he podido ayudar con ningún óbolo pecuniario.

Y yo me explico el honor discernido. Mi vida no es la de un guerrero de cuchillas, pero es la de un luchador incansable. Y esto, en el orden de las ideas, todos lo comprenden. Yo no usurpo el puesto del caudillo militar para que él no usurpe el mío. Yo lo comprendo y lo admiro en sus proezas, pero no le cedo mi derecho. En cambio, do-

quiera vaya, defiendo sus fueros legítimos, y mi palabra y mi pluma ahí han estado en todas partes prontas para enaltecer lo que dignamente debiera enaltecerse. Y lo he hecho y lo hago y lo haré aún á despecho de todas las diatribas y pequeñeces, como aquella de ciertos ciudadanos de San José, cuando, ofendiéndose á sí mismos, recibieron la respuesta seria que correspondía al telegrama de felicitación dirigido al doctor Rodríguez Larreta con motivo de su actitud legislativa en el proyecto sobre la pensión á las viudas de los militares nacionalistas muertos durante la última revolución. ¡Bárbaros! parecía oírse decir al doctor Rodríguez Larreta, entre líneas, en su respuesta telegráfica, ¿y no sabéis que nadie defendió con más ahínco y valor vuestros derechos, en la Cámara, que el doctor Palomeque? ¿no sabéis que él sabe hacer esas defensas con altura y elevación de alma sin herir ni descender á la vulgaridad del ataque personal?..

Desde 1870 empecé á servir mis ideales políticos, allá, en Buenos Aires, cuando correligionarios de valer eran expatriados. Y á la edad de once años ya, en 1865, servía de sirviente para salvar las armas de nuestros desgraciados guerreros! En 1875 me consagraba, en la Plaza Constitución, corriendo la suerte de mis hermanos, luchando *en esa cuchilla grande* que atraviesa la República. En seguida, me ponía al frente de un periódico y defendía, en esos momentos en que las papas quemaban, los derechos de mi colectividad. Fuí preso y desterrado, para mi renombre, porque yo era un muchacho sin influencia alguna. Era *un loco sublime*, hijo de la edad. El gobierno me hacía un servicio y un honor al ocuparse de mí. A los seis años de destierro, volví al país. Desempeñé el puesto de Juez Letrado en la Colonia, sin recibir sueldo alguno, que destiné á la educación común, y lo renuncié después de mi lucha

con el Jefe Político Carámbula. Habiendo agotado todos mis recursos, después de una actuación enérgica en la prensa en aquellos días afflictivos que subsiguieron al atentado del 20 de Mayo, me ausenté del país, como lo hicieron muy luego otros muchos ciudadanos. Regresé en 1887, y fuí uno de los que en el diario *La República*, con el querido Juan Gil á su frente, echamos las bases de la actual organización del partido, creando las Convenciones y levantando el principio de la autonomía departamental. Renuncié entonces la diputación por Cerro-Largo por no considerarme suficientemente preparado. Esta jornada periodística me costó lo que entonces constituía mi fortuna, lo que trae á mi memoria un detalle cariñoso, que algún día relataré, del doctor don Juan José de Herrera. En seguida concurrí á la elevación del diario *La Epoca*, que luego abandoné, para fundar, en unión de otros amigos como Imas, Mac'Coll, García, Antuña, etc., *La Opinión Pública*. Esta jornada consumió mis últimos recursos,—*diez y seis mil pesos*—derramando mi sangre para defender mis ideales. Desde entonces, pobre y gastado, sólo le doy á mi partido mi opinión en otros diarios, en las Convenciones, en los panfletos, en los Jurados, en las defensas judiciales. A nadie he cobrado mis honorarios *sino al General don Aparicio Saravia*. ¿Por qué? Porque no quería aparecer ante el caudillo omnipotente, á quien admiro y aprecio, como un ser vulgar que limosnea su protección para ser Diputado por Cerro-Largo. Y no obstante haberle cobrado esos honorarios (lo que no repetiría, porque ya las épocas son distintas y ahora parece que nos conocemos) fuí electo Diputado por Cerro-Largo! Esto demuestra que ante el caudillo vale el hombre sincero y honesto, y que sabe distinguir, lo que mucho abona á su favor.

Si después de esta actuación yo no tengo derecho á ser

oído dentro de mi partido, sería preferible retirarse, por inútil, á cuarteles de invierno. Felizmente eso es una ilusión del joven poeta. Los hechos hablarán elocuentemente, y juventud y experiencia, sentimiento y cabeza, calma y ardor, dirán á una : *es preferible la peor de las elecciones á la mejor de las revoluciones.*

He querido recordar algunos rasgos de mi vida para desvirtuar una propaganda injusta é hiriente. Lo he hecho violentándome. Yo sé que mis amigos políticos saben quién soy y lo que puedo valer, pero he considerado necesario decir algo al respecto para que no siente plaza de verdad, ante la generación que nace, la propaganda fundada en el odio ó en el interés.

Por lo demás, perdonó al poeta; porque sé que así como insultó, mañana elogiará. Y lo disculpo, porque considero más culpables á los que le entusiasman, en su carrera desatentada de personalismo. Él reaccionará pronto al contemplar el abismo á donde se le quiere precipitar.

ÍNDICE

ÍNDICE

	PÁGS.
El acuerdo polftico	5
Un gaucho hablador.	10
De «Un paisano hablador»	17
El <i>meeting</i> del pueblo	23
Los valientes	30
El engaño de sf mismo.	35
Argumentos tristes	41
Asustarse de sí mismo	48
El desacuerdo electoral.	54
En las euchillas	61
En el día de la Patria.	68
Un nuevo adalid	74
Del paisano hablador	82
La vida privada	86

¡TRIUNFOS!

POR EL

D.^R ALBERTO PALOMEQUE

Se encuentra de venta en las principales librerías

MIS DERROTAS

POR EL

D.^R ALBERTO PALOMEQUE

Se encuentra de venta en la Imprenta «El Siglo Ilustrado», 18 de Julio 23, y en las principales librerías.

Establecimiento Tipográfico

EL SIGLO ILUSTRADO

TALLER DE ENCUADERNACIÓN

N.^o 23 — CALLE 18 DE JULIO — N.^o 23

(ENTRE ANDES Y CONVENCIÓN)

Este acreditado Establecimiento se halla en condiciones de ejecutar cualquier trabajo de arte, pues cuenta con elementos suficientes para ello. Ha recibido últimamente un variado surtido de tipos, que unido á otro próximo llegar, pondrán á esta casa en condiciones de competir con cualesquiera otras de su ramo.